



EL HOMBRE DE LA SITUACIÓN
(1861)

Manuel Payno

LA MATRACA

2



LA MATRACA

LA MATRACA

2

!

del folletín a los cristeros...

Manuel Payno

EL HOMBRE DE LA SITUACIÓN

Publicaciones y Bibliotecas **CULTURA** SEP

PREMIA editora s.a

La ilustración de la cubierta reproduce un fragmento de una pintura del pintor mexicano DIEGO RIVERA.
Diseño de la colección: Marambio.

PD 297
F 28 H 64
1982.

Planación y producción

Dirección General de Publicaciones
y Bibliotecas/SEP y Premiá Editora de Libros, S. A.

Supervisión

Hilda Bautista, Rafael Becerra, Carlos Mapes,
Enrique M. Limón, Félix Moreno e Hilda Rivera.



© Derechos reservados por los coeditores:
Consejo Nacional de Fomento Educativo
Thiers 251-10. piso, colonia Nueva Anzures
15590 México, D. F.
Premiá Editora de Libros, S. A.
Morena 425-A, colonia del Valle
03100 México, D. F.

ISBN 968—434—236—5

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

Manuel Payno Flores nació en la ciudad de México el día 21 de junio de 1810. Desde muy joven estuvo ligado a los personajes políticos y culturales más sobresalientes del país, y llegó a desempeñar diferentes cargos públicos y algunas comisiones importantes. Así, en 1840 fue secretario del general Mariano Arista, jefe del Ejército del Norte; en 1842 realizó una embajada en Sudamérica, para, a su regreso, ser enviado por Santa Anna a los Estados Unidos, donde estudió el sistema penitenciario en Nueva York y Filadelfia. En 1850 fue ministro de Hacienda del presidente José Joaquín Herrera.

Su carrera como político se interrumpió en 1858, pues participó en el golpe de estado de Comonfort, por lo que se le procesó. Durante la intervención francesa fue perseguido y aprehendido junto con Florencio M. del Castillo, pero con mucha mayor suerte, ya que se inclinó por aceptar y reconocer el gobierno de Maximiliano y, aunque por pocos días, fue uno de los regidores del país durante ese periodo. Al ser restaurada la República, fue diputado por Tepic, puesto que desempeñó en tres ocasiones. En 1882 fue senador, en 1866 cónsul general en España y, al regresar a México, en 1892, volvió a ocupar un asiento en la cámara de senadores, hecho que cerró su carrera política.

Su obra literaria abarca casi todos los géneros. Colaboró en la mayoría de los diarios y revistas de su época. Escribió cuentos y novelas cortas, dando comienzo a estos géneros en nuestro país. Pero su mayor aportación fue en el género novelístico, en el que destacan tres de sus obras: El fistol del diablo, que fue publicada por entregas durante

guerras de invasión norteamericana y francesa, y en las luchas fratricidas.

Cuando aquel bondadoso anciano nos comunicaba sus proyectos literarios, estábamos admirados de su clara inteligencia, de la viveza y naturalidad de su narración, que tuvo siempre desde joven como periodista, como novelador, como historiógrafo, como orador y aun como estadista, en sus informes y memorias hacendarias.

Payno había sido descuidado en la forma, incorrecta hasta lo inverosímil hasta incurri~~er~~ en faltas ortográficas; pero siempre se había dejado oír con atención en la tribuna y se había dejado leer en sus libros, porque con la palabra cautivaba y con la pluma seducía, por el estilo llano y pintoresco, aunque ayuno de oscuras exquisiteces académicas.

Aquella mañana, que estuvimos con él en la casa que habitaba en el bello pueblecillo de San Ángel, nos dijo también que pensaba continuar la novela contenida en el presente volumen, pues El hombre de la situación tenía en nuestro país larga descendencia, “y la novelita tuvo buena acogida cuando la publiqué en 1861, en la imprenta de Juan Abadiano; y llegó a ser tan rara, que durante mi estancia en Europa encargué a varios amigos míos me la buscaran y enviaran, pero en vano, hasta que vino a París Bernardo Couto, hijo, y me aseguró que en la biblioteca de su padre existía un ejemplar, y que de regreso a México me lo enviaría, como en efecto me lo envió, y este ejemplar será el que me sirva para proseguir mi narración”.

Pero por desgracia no fue el autor el que terminó la obra, sino la muerte la que concluyó con el autor.

No obstante ello, don Manuel León Sánchez ha hecho muy bien en reimprimir esta novela, que es un cuadro admirable de las costumbres coloniales de fines del siglo XVIII y de los primeros años de nuestra vida independiente y en la que don Manuel Payno reveló su ingenio para trazar las aventuras del protagonista, que fueron las de otros muchos que vivieron en aquellos tiempos, tan hábilmente descritas, que con un solo rasgo, con una sola

ironía, con una sola burla, logra interesar más que otros noveladores, que en vano sudan y se afanan para intentar seducir con sobra de minucias y pujos de estilistas rebuscados y cansados.

“Manuel Payno —nos decía don José María Roa Bárcena— tenía mano fácil para escribir y a ello se debe que todas sus obras son divertidas y leídas.” En efecto, lo mismo nos hacen pasar horas incansables. El pistol del diablo o Los bandidos de Río Frío, que la Memoria sobre el maguey o el folleto sobre el golpe de Estado de don Ignacio Comonfort.

El hombre de la situación, tiene, en fin, a nuestro juicio, otro mérito: escrito en 1861, cuando la novela de intriga entretenía tanto a nuestros abuelos, Payno se adelantaba a otros escritores y sobresalía como ameno costumbrista, que seduce por el realismo de los personajes que retrata y por la fidelidad con que describe lo que hace que este libro sea un documento histórico y humano.

Luis González Obregón

México, D. F., 14 de marzo de 1929.



EL HOMBRE
DE LA SITUACION.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

Mo. Payno

CIUDADANO MEXICANO

MEXICO

IMP. DE JUAN ABADIANO, ESCALERILLAS NUM. 13.

1861.

PROEMIO

La vida es un vasto teatro; y el mundo con sus anchos mares, con sus elevadas montañas, con sus cielos ya claros y diáfanos o ya melancólicos y brumosos, con sus palacios soberbios y sus chozas humildes, es el escenario donde todos nos apresuramos a tomar lugar y a desempeñar nuestro papel: los unos de reyes y conquistadores, los otros de patricios esclarecidos, los de más allá de anacoretas, de varones santos, de sabios profundos, de liberales sinceros, de políticos sagaces, de fanáticos intratables, de mercaderes sin conciencia, de saltimbanquis y polichinelas, en fin, porque la ambición y la vanidad humana no conocen límites y desean desde lo más noble y elevado, hasta lo más abyecto y absurdo. Todos estos actores, apenas entran en escena, apenas comienzan a posesionarse de su elevado papel, cuando la muerte, con su risa descarnada, va reduciendo a polvo las púrpuras rojas de las dinastías, los gorros encarnados de las repúblicas, las togas negras del foro, los trenes relucientes de la riqueza, y los actores van desapareciendo, desapareciendo, como las sombras fugitivas de una linterna de fantasmagoría. Pulvis et umbra sumus, decía Horacio.

Pero de todos estos grandes y pequeños actores quedan, a veces, en las galerías, los retratos de su personal físico; pero de sus costumbres, de su parte moral, de su vanidad, de su miseria, no hay quien hable. Apenas esas páginas adulatoras y apasionadas que llaman históricas, nos dan idea de las fisonomías de los hombres y de los siglos que van pasando y cambiando, como cambian y pasan la mayor parte de los seres y aun de las cosas materiales de esta vida.

Si al paso corto por el sendero del mundo, se puede dejar un bosquejo, una caricatura siquiera de los reyes de grandes narices, de los políticos de obtuso cerebro, de los encorvados y humildes caritativos que han encerrado buenas economías en sus cofres, de las notabilidades literarias que han robado a la fama su gran trompeta y sus tendidas alas, si se logra hacer menos malos con un pintarrajo a los demás cómicos que arrebatan de grado o por fuerza sus papeles en los dramas sociales, se habrá conseguido al menos. . . ¿qué? Nada, absolutamente nada. . . El mundo quizá fuera mejor con menos libros, con menos maestros, con menos soldados y con menos gobernantes. . . Las generaciones, en su rápido tránsito sobre la tierra, sólo necesitan un poco de pan y un poco de paz; todo es efímero y perecedero cuando no ridículo y perjudicial; todo termina en breve, todo pasa como sombra: libros, saber, ingenio, virtud, hipocresía, maldad; todo se reduce en pocos instantes a la nada, al olvido, al polvo. Horacio dice muy bien: Pulvis et umbra sumus.

¿Será este libro lúgubre, melancólico, casi incomprendible como son las líneas de este prólogo? No, seguramente no; al menos no es mi intención otra que tomar de las cosas, de los tiempos, de los hombres, algunas semejanzas, y reunir el concepto en unas cuantas hojas de papel. ¿Es necesario retratar exactamente a una o más personas? Tampoco: el grupo saldrá mejor y más grotesco tomando la vanidad del uno, el candor del otro, la arrogancia o la malicia del de más allá: o lo que es lo mismo, para formar un todo hermoso, tomaremos los ojos de un ciego, las piernas de un cojo, los brazos de un manco, el vientre de un hidrópico, la dentadura de un octogenario. ¡Qué figura! ¡Qué libro! A propósito: y contestemos de una vez a preguntas que siempre hacen los aficionados a la lectura: ¿el libro es bueno? En esta vida no hay bueno ni malo; todo es relativo; pero de seguro el autor no cree tan malo su libro. Cuando lo dan a la estampa los autores que dicen mansa e hipócritamente lo contrario, mienten; o más bien, es de creerse que tienen su buena dosis de vanidad ence-

rrada, pero mal escondida. ¿Qué contiene este libro? Palabras tras de palabras, como todos; las unas peor iladas que las otras. ¿De qué trata este libro? De todo y de nada. Son borriones que un aficionado al dibujo traza en un pliego de papel. ¿Este libro es novela, es historia, o es cuento? El autor quiso, fue su intención al menos, dar una idea de algunas de las costumbres de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nosotros mismos. ¿Ha desempeñado bien el asunto? Eso está por ver, eso queda a la calificación de los lectores, eso merece un detenido examen; por lo demás, historias contemporáneas tenemos que parecen cuentos que son verdaderas historias; pero que no se pueden escribir más que dándoles el carácter frívolo de la novela.

El hijo, pues, feo o hermoso, una vez que ha nacido, tiene que salir a luz y confiar su suerte a la benevolencia del público: si muere en su temprana edad, nada se habrá perdido, y no habrá hecho otra cosa que seguir la suerte de todas las cosas humanas. Pulvis et umbra sumus.

CAPÍTULO I

*Dase cuenta de la ilustre prosapia de don Fulgencio,
y de cómo vino de España en compañía del virrey*

La mayor parte de los lectores saben que Julio César fue un célebre capitán, un elocuente orador y un gran calavera; que entre otros defectillos o virtudes, que todo es lo mismo cuando se trata de altos personajes, tenía la de ser un tanto ojialegre, y donde ponía los ojos, allí hacía una herida, como suele decirse.

Tocóle la suerte, en una de sus muchas aventuras, de pasar a la península española; y allí, no obstante sus ocupaciones guerreras y sus peligros continuados, tuvo ocasión de ver en un cierto lugar de aquellas tierras una muchacha que, por su hermosura y gracia, no desmentía la bien merecida fama que desde entonces alcanzaron entre la gente de buen gusto las mujeres españolas. El buen Julio y la virtuosa española se entendieron de tal manera, que a los tantos meses resultó un cesarito, que quedó al cuidado de su madre, mientras su padre pasaba el Rubicón, se enamoraba en Egipto de la reina Cleopatra, se dejaba dar de puñaladas por el patriota Bruto, y corría, finalmente, otras pequeñas aventurillas de ese género que, según el buen entender de la gente piadosa, habrá continuado quizá en las tierras calientes del otro mundo.

El Julito creció, y no queriendo dejar atrás la fama de su padre, tuvo otro Julito, y a su vez este Julio tuvo otro, y el otro a otro, hasta que el tiempo y la fortuna, que siempre favorece a los calaveras, vino a colocar en el solio gótico a un vástago del gran dictador romano. Este rey godo se llamaba Agila, y a los cinco años de su reinado fue asesinado por sus vasallos, teniendo el gusto de correr la misma suerte que su antecesor en el senado de Roma.

Este crimen nefando, que solían cometer muy a menu-

do los buenos y dóciles pueblos de la antigüedad, no extinguió la raza, pues al cabo de cierto número de años, otro vástago del gran Julio, y pariente muy inmediato del desgraciado Agila, subió al trono con el nombre de Sisenando, el que tuvo el gusto de hacer la segunda colección de las Leyes Godas y, con el título de Fuero Juzgo, dio a luz un libro que desde entonces hasta ahora ha sido, en unión de otras preciosas y divertidas obrillas de este género, gran recurso para llenar las bolsas de los abogados y curiales y dejar vacías las de los menores, viudas, herederos y acreedores.

La muerte no fue bastante poderosa para acabar con una tan ilustre y noble raza; antes bien, aumentada de siglo en siglo con enlaces ilustres, resultó en el curso de los años una serie de Garcías, todos parientes, todos colocados en la cumbre del poder. Don García Jiménez, don García Iñiguez Reyes de Sobrarbe, don Sancho García y don García Sánchez, reyes de Aragón. Todos eran, como quien dice, una misma cosa, y los autores de los nobiliarios habían ya probado hasta la evidencia, con la historia en la mano y, más que todo, con los blasones y campos rojos y azules, que Julio César no se había llamado así, sino a causa de la rudeza y barbarie de los escritores romanos; pero que su verdadero nombre era Julio García, deduciéndose, como consecuencia necesaria, que Bruto, en vez de ser un esclarecido patriota como lo describen los rectores a los muchachos de los colegios, había sido un solemne caballo, un verdadero bruto, supuesto que él creyó matar a un César, y este no era César, sino García.

Desde que falleció don Ramiro Sánchez, el cristianismo, hasta la época en que comienza esta verídica narración, la familia había conservado su clara y limpia nobleza y transmitido tan preciosa herencia de padres a hijos con una fidelidad tal, que ni una sola portezuela de tan dorados blasones se había empañado.

La noble familia que había sucedido en el cargo de conservar tan precioso depósito, se componía de un viejo curro andaluz llamado Fulgencio, el cual tenía que man-

tener cosa de diez muchachos de todas estaturas, gruesos y tamaños, con sólo el producto de un cortijo, cuyos linderos podía medir con la vista un miope, sin necesitar de anteojos.

Don Fulgencio había gastado las economías de muchos años, como constaba en su antigua ejecutoria y con todas sus pruebas al canto, lo que en compendio hemos procurado indicar en las líneas anteriores. La ejecutoria tenía además, pintado en la carátula, un escudo dividido en cuatro cuarteles, coronado de un casco con su cimera y rodeado de un mote que decía:

“DE GARCÍA ARRIBA, NADIE DIGA.”

Las nobles aspiraciones del tío Fulgencio no se limitaban a conservar sus pergaminos, a enseñárselos a cuantos amigos lo visitaban y a platicar constantemente de sus antepasados; sino que pretendía que, además de ser descendiente de Julio César, lo era también de Adán; pero no del Adán de los anticuarios de donde proceden los indígenas de las Américas, ni del Adán negro de donde nacieron todos los esclavos, según creen los cultivadores de caña, sino de un Adán andaluz, más guapo, más valiente, más noble que cuantos adanes han dado origen al resto del género humano.

Sin embargo de todos estos grandes títulos, suficientes para que hubiesen llamado la atención de soberanos menos bruscos y bárbaros que los soberanos españoles, el tío Fulgencio, con diez descendientes de Adán y de Julio César, se moría literalmente de hambre, pues el producto de tres vacas, de ocho carneros y de dos docenas de olivos, no era suficiente ni para el gazpacho y el chocolate, que ya en esa época era la bebida favorita y casi indispensable de todo español bien nacido y descendiente de Julio García.

El tío Fulgencio necesitaba tomar una resolución enérgica; pero ella no era difícil, supuesto que ahí estaban las Américas empedradas de oro y plata, donde no había más que llegar y tomarse el trabajo de inclinarse, para

reunir una gran fortuna y volver a la Península a tomar el título de conde, duque o marqués.

Fijo ya en este pensamiento, el tío Fulgencio se dirigió un día al puerto de Cádiz, en compañía de su hijo Fulgencio el chico, con el intento de enviarlo a América a que hiciese fortuna; pero como el tío Fulgencio no quería que viajase así, como viaja una gente vulgar, y al mismo tiempo no tenía un cuarto, no hallaba en su noble cabeza el medio de salir del atolladero. Paseándose por las cercanías de la ribera encontró al tío Paco, otro andaluz, como él viejo y como él noble.

—¡Compadre Fulgencio!

—¡Compadre Paco! El Dios más grande, que es el Dios de los andaluces, me ha deparado a su merced.

—¿En qué puede servirle mi mucha nobleza? —contestó el tío Paco.

—Friolera, compadre; en enviar a este pimpollo a la América, a que recoja un poquillo de oro.

—¡Que ni mandao hacer, compadre! Conforme, y venga el muchacho.

—Bien entendió, compadre, que el muchacho ha de dir como quien es; no se diga que un nieto de Julio García y de Adán va así, como quiera.

—Ni por pienso, compadre. Cabalito que no dilata ni una hora en marcharse el virrey de México.

—Pues al lance compadre; con el virrey de México —dijo el tío Fulgencio dando una palmada con el reverso de la mano izquierda en la palma de la mano derecha.

—Un momento, compadre —interrumpió el tío Paco—; ¡cabalito, que va de piloto del barco el señor Cristóbal Colón, y en dos palabras el chico Fulgencio se va con el virrey, y ya verá usted, compadre: ¡hasta capitán no ha de pará!

—¡Viva por Jesús, compae! Mientras, yo le digo cuatro cosa a Fulgencio el chico, y le doy la bendición.

El compadre Paco corrió a bordo del barco que se iba a hacer a la vela para Veracruz, y donde estaba ya embarcado el muy noble don Joaquín de Monserrat, marqués

de Cruillas, que venía a México a desempeñar el cargo de virrey.

En un momento se halló tío Paco a bordo, y de manos a boca con el segundo piloto.

—Oye tú, Cristóbal —le dijo— me vas a hacer un favor: entre el pescao salao y entre los cachivaches de la cocina, te vas a llevar al muchacho del compadre Fulgencio. Ya sabes en que ha dao que es pariente de Julio García y de nuestro padre Adán, y quería que fuera en la misma cámara del virrey. Conque quitémono de ruío y métete a Fulgencio en la bodega; y si en el camino te dice algo o quiere decir que es pariente de Julio García, le das muy duro, y cuando llegues a la tierra, lo pones en la playa, y que lo ayude Dios y su pariente Julio García. Conque te lo traigo, y no hablemos más.

El segundo piloto consintió en la proposición, porque nada podía negar al compadre Paco, que le cuidaba a su familia siempre que él hacía sus largos viajes, y ambos, muy contentos, se estrecharon varias veces la mano.

El compadre Paco se dirigió a donde había dejado a Fulgencio.

—Servío, compadre, como uté lo desea. El muchacho se va con el señó virrey, regalao, mimao, como si fuera hijo de su mare: ya le dije a Cristóbal lo que tenía que hacer.

—Compadre, me ha quitao usté la Giralda que me bailaba en el corazón. Fulgencio será, como uté dice, capitán, y traerá mucha plata a la familia, y todo deberemo una fortunilla al compadre Paco. Venga un abrazo, compadre, y a bordo. Ante le diré cuatro palabras a Fulgencio.

El compadre Fulgencio abrazó por dos o tres veces al compadre Paco, y luego se dirigió a su hijo, que era un muchacho como de catorce a quince años, de anchas espaldas, de gruesos y colorados carrillos, de nariz chata y ojillos verdes, y que había estado entretenido jugando con otros camaradas, sin sospechar que los dos compadres habían, en un abrir y cerrar de ojos, improvisado su viaje de una manera tan singular.

—Escucha, Fulgencio —le dijo.

Fulgencio cruzó los brazos y se colocó delante de su padre.

—¿E verdá que yo te he dao una educación conforme a tu nacimiento?

—E verdá —dijo el muchacho.

—¿E verdá que no sabe leer de corrío, ni tampoco escribí?

—E verdá —volvió a contestar el muchacho.

—Pero, e que nomá lo reye y lo virreye saben escribí eso que apena se le entiende; péro eso no hace al caso: tú sabe sacá agua de una noria y regá los olivos y enjaezá un caballo; ¿no e verdá?

—E verdá —dijo otra vez el muchacho.

—Pue hombre sin hombre, no vale na: tú te va a la América.

El muchacho, que no aguardaba esta conclusión, llevó los brazos a la cara y se limpiaba con las mangas de una tosca camisa algunas lágrimas que salían de sus ojos.

—No hay que llorá: te va con el virrey: todito se lo debe al compadre Paco.

El muchacho se repuso algo en cuanto oyó el nombre del virrey; pero seguía, sin embargo, limpiándose las lágrimas.

—No hay que llorá: te va a México a cogé oro y plata. Tan luego como llegue, si el señor virrey te lo permite, va mirando donde pisa; la piedra que veas de oro, te la guardas; la de plata la deja pa lo criado y pa lo marinero. Conque portarse bien, y acuérdate de tu agüelo Julio García, y haz dinero y sé honrao, pa que de “García arriba, naide diga”. Cuando sepa escribí, pon cuatro palabra a tu pare, que con darte la bendición te da cuanto tiene.

El compadre Fulgencio no dejó de enternecerse al decir estas últimas palabras, y sus ojos se llenaron de lágrimas al extender su mano para echar una bendición al muchacho, mientras con la otra se quitaba el sombrero, y alzando la vista al cielo, decía:

—Allá va el muchacho a las Indias. ¡Dios lo ayude!

Fulgencio el chico fue arrebatado del brazo por el compadre Paco, y antes de que pudiera hacer resistencia, antes de que pensase en despedirse de sus hermanos y reflexionar en lo que le sucedía, ya estaba embarcado en un falucho que lo condujo a bordo del buque en que se hallaba el virrey.

—¡No hay que olvidar lo dicho, Cristóbal! —gritó el compadre Paco al piloto—. Si el muchacho chista, duro, que así se hacen los hombres.

Tan luego como Fulgencio el chico saltó a bordo, Cristóbal lo hizo bajar a la bodega y lo colocó entre unas pipas de vino y unos barriles de aceitunas. A poco comenzó a moverse el barco y Fulgencio, desvanecido y perdiendo la cabeza, cayó casi sin sentido entre los víveres y la humedad de su oscura habitación.

El compadre Fulgencio, pasado su primer movimiento de ternura, se pavoneaba muy satisfecho al día siguiente, contando a todo Cádiz que ya había hecho la fortuna de su hijo, el cual había marchado de capitán a México, al lado del virrey.



CAPITULO II

Del viaje y arribo a Veracruz de Fulgencio el chico, y de cómo no quiso continuar con el virrey, para tener el gusto de recoger el oro y tirar la plata a los indios y a los esclavos

Luego que se alejó algunas millas de Cádiz el buque que conducía a su bordo al señor marqués de Cruillas, comenzó a soplar un viento fresco. La mar se puso gruesa y a los dos días se declaró una recia tempestad que hizo mover a la nave en todas direcciones, como si fuese una cáscara de nuez. Durante los diez días del temporal, Fulgencio permaneció atacado violentamente del mareo y sin aliento ni aun para tomar las escudillas de caldo que le bajaba el cocinero a la bodega, por orden del acreditado y famoso piloto Cristóbal Colón; pero tan luego como el viento calmó y la mar recobró su tranquilidad, desapareció el malestar del muchacho, su vacío estómago sintió un hambre devoradora, que saciaba con cuantos manjares buenos o malos le presentaban. En seguida comenzó a reflexionar en su situación. Tan pronto se veía en las calles de Cádiz jugando con sus amigos, como creía dormir en el camaranchón que poseía en el cortijo paternal, o tomar el cubo para sacar agua de la noria y regar los olivos; pero un movimiento de la nave, a la que batían las olas por el costado, le recordaba su presente situación; la cabeza se le iba y se juzgaba ya de nuevo acometido por el mareo. Sin embargo, en medio de todos estos pensamientos, que algunas veces se presentaban con un carácter de duda en su cabeza, tenía bien fijas y clavadas en su memoria tres cosas: primera: que era de la noble y antigua descendencia de Julio García; segunda: que viajaba con el virrey; y tercera y principal, que tan luego como llegase a América, debería comenzar a recoger oro y plata. Con este oro, pues la plata era tan poca cosa, que ya estaba convencido que la dejaría para los criados, para los indios y para los esclavos,

se proponía regresar dentro de algunos meses a España y comprar las inmensas posesiones que habían pertenecido en otros tiempos a la esclarecida familia de García. Un campo espacioso lleno de olivas; un rebaño numeroso de carneros; una manada de las más lucidas yeguas andaluzas; en fin, todo esto y otras mil cosas, serían propiedad suya y de su familia; y todavía podía dejar como cosas inservibles, y olvidadas, algunos montecillos de oro.

No deben parecer exagerados estos pensamientos a los que sepan lo mucho que se ponderaban las riquezas minerales de las Américas y las pingües fortunas con que en efecto regresaban a España los que se dedicaban a trabajar algunos años en estas entonces benditas y magníficas tierras.

Disipada por estas halagüeñas ilusiones la tristeza que en medio de sus pocos años causó a Fulgencio la separación repentina de su patria y de su familia, salió a cubierta una mañana muy temprano, se lavó la cabeza en la proa del barco con unas cuantas cubetas de agua del mar, y muy erguido y satisfecho del alto destino que tenía que llenar en las Américas, se dirigió al segundo piloto, que se llamaba Cristóbal de Antúnez, y a quien, por los muchos viajes que había hecho a las Antillas, le nombraban en el puerto de Cádiz: *Cristóbal Colón*.

—Diga, señor Cristóbal, ¿dónde está el señor virrey? —dijo Fulgencio—. Quiero saludarle y darle las gracias en nombre de mi padre, por haberme traído en su compañía.

Antúnez se quedó un momento admirando el aire marcial y despejado de Fulgencio, y no sabiendo si reírse o ponerse serio, tomó al fin en la mano un pedazo de rebenque que, por lo gastado de sus puntas, se conocía que había servido ya para vapular las espaldas de algunos marineros, y le dijo:

—Mira, currillo; tu señor padre es cierto que te ha mandado con el señor virrey; pero mi compadre Paco me encargó mucho que, sobre todo, cuidara de hacerte hombre, y sabes que los hombres no se hacen si no es con los trabajos, con los peligros y también con algunos cariños

de este instrumentillo; conque comienzo a cumplir el encargo del compadre Paco.

Esto diciendo, aplicó dos o tres latigazos en las anchas y robustas espaldas de Fulgencio el chico.

—Señor Cristóbal, esto es demasiado, y si mi padre lo viera, ¡vive Dios que lo agarraría por el fondillo e iría su mercé a remanecer a los cuernos de la luna!

—El peligro que tú corres, currillo, es que si el virrey o el comandante saben que vienes a bordo, sí que te mandan coger por el fondillo y te arrojan a la mar, porque no eres más que un polizón. Conque si quieres evitarme una buena reprimenda, lo mejor será que comiences a hacer tu servicio de marinero.

—Bien, bien, no me opongo —dijo Fulgencio—, ¿pero cuánto reale diario tengo que ir ganando?

—Vanidoso, mentecato —le contestó Cristóbal— ¿qué más quieres ganar que la comida y el transporte? Además, ¿qué sabes tú de marinero para que pretendas ganar algo?

—Pue entonces, ¿por qué diablo vengo con el virrey? ¡Tanto me valía verme quedao en mi casa! Capitulemo, tío Cristóbal —continuó—. Yo tengo acá mi modo de manejar el negocio. Me dará uté un vaso de vino todo lo día, y algún pecao, en lugar de esa mala chanfaina que me ha hecho volver hata lo hígado; y entonces veré, pensaré a ver si puedo jacer algo por uté; y eso, de lástima que el virrey no lo mande agarrá por lo fondillo y echar al charco. Conque, negocio concluío, tío Cristóbal.

El piloto iba a responder y quizá a aplicar con alguna más fuerza nuevos latigazos a las espaldas de Fulgencio; pero éste no le dio tiempo, sino que arrojándose a su cuello, lo estrechó tres o cuatro veces con efusión, y después, mirándole frente a frente con los ojillos más alegres del mundo, prosiguió:

—No hay que poné mala cara, tío Cristóbal, que al fin uté sale ganando en gastar ese vino ante que se le tuerza o se lo beba toíto el virrey. No hay cuidao, que dentro de un mes veré si le puedo ayudar en algo.

Cristóbal iba a descargar toda su furia contra Fulgen-

cio; pero como era un buen hombre en el fondo, se contuvo.

—¡Bah! —dijo—. Estos andaluces son como Dios los crió, y es fuerza hacer algo por el compadre Paco, que es el padre de todos mis hijos cuando yo ando por estos mares. Daremos a este tunante su ración de vino y pescado; pero en llegando al puerto, tengo que darle una felpa, que ha de acordarse de mí el resto de su vida.

El piloto volvió a donde lo llamaban sus ocupaciones, y Fulgencio se encaramó en el palo de bauprés y comenzó a mirar la mar azul y serena y a pensar en el venturoso momento de que, en llegando a las Indias, comenzaría a recoger montones de oro.

Ningún incidente particular hubo en la navegación. El piloto, que era muy querido de todos los jefes de la marina española, declaró que había un polizón a bordo que, por recomendación de un amigo íntimo, conducía a América, sin que por esto se le siguiese perjuicio alguno; y el polizón, por su parte, no perdonaba la ración de vino y de pescado, ocupándose solamente en ver la mar y dormir, decidido, como él decía, a hacer a Cristóbal algún favor, para evitarle que el virrey lo mandase echar a la mar.

En la época en que comenzamos esta narración, que era el principio de la de Carlos III, los virreyes venían a México, por lo común, en lo que se llamaba la flota. La flota era la reunión que hacían en Cádiz los comerciantes, de muchos barcos cargados de efectos para las Indias. Estos barcos eran escoltados por buques de la marina real y hacían la travesía tan juntos, para defenderse de los corsarios y piratas según lo permitían los vientos, que no pocas veces solían dispersar enteramente la escuadrilla.

Luego que llegó la flota a la sonda de Campeche, el virrey hizo que una embarcación menor, que sirviese de correo o aviso, se adelantara conduciendo pliegos a Veracruz y a México, para anunciar su llegada al sucesor; y esperó a que en aquellas aguas tranquilas se hiciese la reunión de todos los barcos que se habían dispersado por las corrientes y los vientos. A los setenta y seis días de

haber salido de Cádiz la flota con la capitana que conducía al virrey, fondeó en el costado del castillo de San Juan de Ulúa, cuyas obras de fortificación no se concluyeron y perfeccionaron sino algunos años después.

Luego que los cañonazos del castillo, que fueron contestados por los buques de guerra, anunciaron la categoría y dignidad del personaje que venía a tierra, el Ayuntamiento en cuerpo, presidido por el gobernador, se presentó en el muelle y recibió a tan ilustre huésped con las mayores muestras de acatamiento. El gobernador le presentó en una bandeja de plata colocada en un cojín de terciopelo carmesí, las llaves de la ciudad, que el virrey tomó por ceremonia, volviéndolas a dejar en seguida, diciendo: que “parando en manos tan fieles como las del gobernador”, los intereses de S. M. estaban muy bien guardados, y la ciudad completamente segura. Una sonrisa de satisfacción y de orgullo vagó en los labios del gobernador, e indicando el camino a su comitiva, el virrey y todo su séquito marcharon entre una valla de soldados hasta la puerta de la parroquia, donde el cura esperaba con capa pluvial, para cantar un solemne *Te Deum*. Concluido este acto religioso, el virrey, con el mismo lucido acompañamiento, se dirigió a la habitación que se le tenía designada, donde estaban ya preparadas las literas y avió para el camino y, además, bandejas y azafates llenos de chocolate, de dulces y de bizcochos; sin faltar tampoco unas frasqueras de los más exquisitos y escogidos vinos. Todos estos regalos eran del virrey don Francisco Cajigal de la Vega, el cual acababa su periodo en el virreinato, y del Ayuntamiento y comercio de Veracruz, que competían en generosidad y magnificencia al obsequiar a los gobernantes que los reyes españoles enviaban a la Nueva España.

Ocupado Cristóbal el piloto con la maniobra de la entrada, con el desembarco de los equipajes y con otra multitud de atenciones del momento, no se acordó del polizón que venía a bordo; pero éste, que conocía su negocio, como él decía, se dio su buen baño de agua salada, se puso una camisa limpia que tomó del equipaje de Cristó-

bal, y se embarcó en el mismo bote en que el virrey vino a tierra, mezclándose en la procesión y en las demás ceremonias, sin que nadie le dijese una sola palabra, porque todos lo suponían de la servidumbre del ilustre personaje; así es que gozó de todo, comió perfectamente, bebió magníficos vinos y recibió todo género de atenciones de los veracruzanos, que no habiendo podido mirar y conversar con el virrey, se creían muy dichosos con tratar siquiera a uno de sus inmediatos superiores. Fulgencio recibió con un aplomo y con una seguridad tal todos estos obsequios, que nadie dudó que era por lo menos el lacayo favorito del marqués.

Por la tarde, al tiempo que el virrey salía al corredor de la casa a tomar el fresco, Fulgencio se le presentó.

—Conque, señor marqués, me voy, porque yo sé mi negocio, y para eso me mandó mi padre a las Indias; pero antes he querido darle las gracias por la compañía.

—¡Insolente! —dijo el virrey de pronto.

Pero como Fulgencio se lo quedaba mirando con sus ojillos alegres y con un aire completo de tranquilidad, se calmó y, sonriéndose, le preguntó quién era.

—Señor marqués, yo soy, en primer lugar, descendiente de Julio García, y en segundo, de Adán; pero de Adán el de Andalucía.

—Antes de haberlo oído hablar hubiera yo apostado que era andaluz —dijo el virrey, y luego, dirigiéndose al muchacho, continuó preguntándole—: Y bien, ¿dónde viviste?

—En ese barco que está junto al castillo —dijo Fulgencio—. El señor marqués tuvo la bondad de acompañarme, vamos, y a fuerza tengo que decirle alguna cosilla por la compañía.

—¿Y a qué vienes a México? —le preguntó el virrey sonriendo.

—Mi señor padre me dijo: “Hombre. . . ve, recoge un poquillo de oro, y dentro de unas semanas te vuelves a tu casa. . .” Conque ya ve usted, señor marqués, que tengo algún quehacercillo.

—A eso vinieron también Cortés, Alvarado y Guzmán —dijo en voz baja el marqués— y a eso, en sustancia, vengo yo también —y luego, dirigiéndose a Fulgencio, continuó—: Supuesto que a eso te mandó tu padre, no hay más que obedecerlo. Toma, y ve con Dios, y estoy seguro de que con ese taco y esa confianza que tienes en la fortuna, dentro de algunos años has de ser uno de los hombres más ricos de la Nueva España.

Puso en las manos de Fulgencio algunos escudos de oro, y le hizo seña para que se marchase.

Fulgencio se dirigió al muelle para buscar medio de volver a bordo y despedirse del piloto Cristóbal; pero éste, con el rebenque en la mano, registraba cabalmente con la vista a toda la gente, para observar si entre ella estaba el recomendado de su compadre Paco.

—Una hora llevo de buscarte, maldecido muchacho —le dijo en cuanto lo vio.

—Nos han recibío grandemente, Cristóbal —le contestó Fulgencio—. El gobernador me entregó las llaves, el cura me cantó en la iglesia, y toditos me han traído en las palmas de las manos. Ya le dije cuatro cosas al virrey, y le dejo que se marche, porque yo tengo que atender a mi negocio.

—Bueno; me alegro de todo —le respondió el piloto, riéndose de la vanidad del muchacho—. Pero como el compadre Paco me encargó que no dejara de hacerte hombre, tengo que cumplir su encargo. Ven por acá, y nos despediremos, porque yo tengo que volverme a bordo.

Cristóbal y Fulgencio, se dirigieron a un lugar solitario fuera de las murallas.

—Mira, Fulgencio —le dijo el piloto señalándole la dirección de México—, por allí es tu camino; sé trabajador y hombre de bien, y harás fortuna. Toma esta poca ropa y estos cuartos, con lo que te bastará para el camino, que en llegando a la ciudad, no faltará un paisano que te dé la mano. Y le entregó una maleta que previamente había sacado del barco, con unas cuantas piezas de ropa y algunas monedas de plata.

—Ahora —continuó—, para que te acuerdes de mí y del tío Paco, toma, porque es preciso enseñarte a ser hombre.

Y al decir esto, aplicó media docena de golpes en las espaldas de Fulgencio, de manera que, cuando éste trató de escapar, dando de gritos, ya Cristóbal, con la mayor serenidad, le tendía la mano en señal de amistad.

—¡Mal rayo!. . . —dijo Fulgencio dándole la mano.

—Estos latigazos, hijo mío, te harán hombre. Conque, adiós, y cuando puedas, da noticias de ti en el puerto, que yo, como los pájaros de la mar, suelo visitar estas playas todos los años en la buena estación.

El piloto se entró en la ciudad, y Fulgencio, rascándose las espaldas, que tenía todavía medio dormidas a causa de las “caricias”, y echándose su maleta al hombro, tomó el camino a México a pie, sin recomendaciones, sin parientes, sin saber un oficio, sin más elementos que los que encontraban en esta tierra de promisión la multitud de polizones que venían de España, como Fulgencio el chico, sin más capital que la bendición de sus padres.

CAPÍTULO III

De cómo hizo Fulgencio el camino de Veracruz a México, recogiendo muchas piedras de oro, y de la queja que dio al virrey contra unos arrieros que lo trajeron montado en una mula, hasta cerca de Puebla

Como del examen que hizo Fulgencio del terreno por donde caminaba, resultó que en vez de oro no había más que pesados arenales semejantes a otros que había visto en las playas de Andalucía, asaz mohino y disgustado siguió andando hasta que, lleno de fatiga, se atrevió a pedir alojamiento en una choza, que sin duda pertenecía al pueblecillo que hoy se llama de Santa Fe. Cenó lo que le dieron, y echándose en un cuero de toro que le designaron como cama, colocó la cabeza sobre su maleta y, en breve, el sueño y el cansancio hicieron que cerrase los ojos y durmiese profundamente, hasta que la luz del nuevo día, entrando por la puerta de la choza, que, como es costumbre en la costa, había quedado abierta, le anunció que era hora de levantarse y de continuar su peregrinación. Pagó, pues, su módico escote, adquirió algunas señas y pormenores del rumbo que debía seguir, y despidiéndose de aquellas buenas gentes, que estaban ya habituadas a ver pasar todos los días multitud de polizontes y aventureros, continuó su camino, con la esperanza de que sería más feliz que el día anterior.

Una llanura interrumpida sólo por pantanos y ciénagas, en parte revestida con un césped tostado por el sol y en parte eriaza y arenosa, no indicaba a Fulgencio ni la más remota esperanza de encontrar el oro que con ansia buscaba con los ojos, haciendo y deshaciendo camino para examinar todo lo que parecía reflejar el brillo del codiciado metal. En esta fatiga pasó la mayor parte del día, hasta que el calor del sol y el cansancio pudieron más que su exaltada imaginación y su robusta y juvenil contextura.

Ya entrada la tarde, divisó unas chozas y, sin pensar más que en concluir la jornada y en saciar el apetito, se dirigió hacia ellas.

Como la hospitalidad de todos los habitantes de México ha sido tradicional, y con especialidad la de los veracruzanos, Fulgencio ninguna dificultad tuvo en encontrar alojamiento y cena, compuesta ésta de un sabroso arroz blanco y unos trozos de excelente ternera asada. La colación no escasa con que refrigeró su estómago, disipó en parte su malhumor y le dio fuerzas para continuar al día siguiente. Muy de madrugada, y evitando la compañía de algunos pasajeros que seguían el mismo rumbo, se puso en marcha; de manera que, cuando el sol salió, comenzaba a entrar en un país montañoso, donde seguramente debería encontrar la fortuna. En efecto: lleno de asombro, comenzó a notar piedras que ya relucían con un brillo opaco, o ya contenían partículas amarillas y algo rojizas.

—A Dios gracias —dijo sentándose en una peña— que no me acompaña ya el virrey. ¡Vaya un viejo tacaño e insufrible! ¡Darme unos cuantos escudos en esta tierra, donde toditas las piedras son de oro! ¡Bien podía haberme llenao el saco de doblone, pa jacer el camino montao en un mulo! Vamo, vamo, Fulgencio, que tú no tiene necesidá de naide. A recoger piedra y a seguir el camino.

Se levantó lleno de animación, se restregó las manos, miró con sus ojillos alegres la perspectiva de riqueza que tenía delante, y comenzó a trepar por la serranía.

A cada dos o tres pasos se detenía y levantaba piedra tras piedra. Las que eran calizas y de un color blanco, las tiraba diciendo: “Estas las dejaremos para los mexicanos”. Y las de granito, que según él tenían muchas partículas de oro, las echaba en su maleta y decía: “Eto e nuetro, y toíto ete oro e pa lo españole”.

Preocupado enteramente con el penoso, pero para él productivo trabajo, se desvió del camino real, de manera que, ya cerca de la noche, con los pies ampollados, rendido de fatiga, sin saber qué rumbo tomar, observó con terror que las sombras crecían, que extraños aullidos de fieras se

escuchaban por las cavernas de la sierra y que, en toda la extensión que su vista podía abarcar, no encontraba ni un ser viviente ni vestigios que le indicasen la cercanía de alguna habitación. Sin fuerzas y sin ánimo para nada, se dejó caer y, volviendo los ojos al cielo, se le presentó por primera vez, con toda su viveza, el recuerdo de su florida Andalucía, de su pequeño jardín, y del pobre pero cómodo camaranchón que tenía en el cortijo paternal.

—¿Pa qué diablo jui yo a salir del castillo de lo García —dijo— y vine a eta soledá, donde acostao en el oro me pueden comer lo tigre y lo leone? ¡Dios perdone a mi padre y a la mala yerba del tío Paco, que me mandaron con el virrey, y mala bomba aplaste al virrey que me ha dejao venir solito.

Comenzaba ya a desesperar de su salvación y a llenársele los ojos de lágrimas, cuando escuchó el tin, tin, agudo de una campanilla y, a poco, una yegua torda fue asomando su largo y flaco pescuezo por la quiebra de la montaña; tras de la yegua venían unas mulas rollizas y lozanas, cargadas cada una con un par de barriles de aguardiente, y, tras de la recua, caminaban cuatro arrieros, muy alegres, cantando y chiflando cancioncillas del país, muy semejantes a las de Andalucía.

El corazón de Fulgencio se abrió a la esperanza; y haciendo un esfuerzo, se puso en pie y comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Paisano, paisanito, eh, paisano, duélase de un viajero extraviado y rendío e fatiga!

Los arrieros torcieron la rienda a sus mulas y se dirigieron al lugar de donde venía la voz.

—¿Qué demonios está haciendo el paisano en este lugar tan extraviado —le dijeron— y por donde no pasan más que los hatajos de las haciendas de Tezumapa? Esta vereda sólo nosotros la conocemos, y aun cuando se corta el camino, nadie se atreve a pasarla, por las muchas barrancas y precipicios que tiene.

—Vengo e Veracrú, paisano; y rejuntando por curiosidad una piedrecilla, trepé de cerro en cerro y perdí el

camino; pero aquí está ya el hijo e mi mare, y les hará el favor de acompañarlo pa que na les suceda.

El que parecía mayordomo de los arrieros se echó a reír al notar el garbo y desparpajo del muchacho, y mandando traer una mula que venía sin carga, lo colocó en el aparejo y así siguieron caminando todavía un largo rato, hasta que ya muy entrada la noche hicieron alto en una cañada que formaban dos grupos de cerros. Fulgencio prosiguió su camino en compañía de los arrieros, hasta las cercanías de Puebla, mejor avenida con el ancho aparejo de la mula que le había designado, que con la ruda fatiga que en el principio de su viaje había tenido, andan^{do} a pie leguas que le parecieron de doble dimensión que las de su tierra. No por venir en compañía de los nuevos amigos, se descuidó de su principal ocupación, pues mientras éstos ordenaban el hato y echaban de comer a sus mulas, el muchacho, se hacía el perdedizo por un momento, y regresaba con los bolsillos llenos de piedras, de manera que, en pocos días, su maleta se había llenado completamente. Los arrieros, a su vez, se divertían con escuchar las historias que el muchacho les refería del valor y la nobleza de su padre, del gran influjo que ejercía en el puerto de Cádiz el tío Paco, y de los agasajos que el virrey y el piloto Cristóbal le habían hecho en la navegación.

—El señor virrey en personita —decía Fulgencio— cuidaba todito los días, de darme mi vaso de vino y mi lonja de pescao.

Poco antes de llegar a Puebla, Fulgencio se encaró con el mayordomo de los arrieros y, metiendo sus dos manos en los bolsillos, y meneando a compás la cabeza y la pierna derecha, le dijo:

—Tío Marcelo, ya nos hemos tragao muchas leguas, ¿no e verdá?

—Y todavía nos falta la tercera parte del camino —le contestó el arriero.

—Pue bien; ¿le paece juto que arreglemo nuestra cuenta?

Marcelo creyó que el muchacho quería pagarle el flete

de la mula en que había caminado y la comida de que había participado, y como jamás fue su intención el cobrarle nada, le volteó la espalda con desenfado.

—¿Qué cuentas hemos de arreglar Fulgencio? No es nada, pues estamos acostumbrados a esto los que hacemos viajes de México a Veracruz.

—No hay que volver la asentadera, tío Marcelo, ni que echarla de guapo.

—¡Bah! Dejemos eso, Fulgencio; no hay en esto generosidad, sino costumbre.

—¡Cómo! Explíquese bien, tío Marcelo. ¿Conque se acostumbra en la India no pagá el trabajo? Diga, diga sin andarse con delicadeza, ¿cuánto reale me debe?

Marcelo volvió la cara lleno de asombro.

—¿Cómo? ¿Qué dices Fulgencio? —le preguntó.

—Lo dicho, tío Marcelo: ¿cuánto reale me ha de pagá?...

—¿Yo pagarte? —interrumpió Marcelo.

—¡Clarito! ¿Pue cuánto vengo yo ganando por venir enroquetao en el mulo?

—¡Tuno bribón! —dijo Marcelo.

—Mi trabajo y na ma: clarito —replicó Fulgencio acercándose a Marcelo.

—Mira, no te doy de palos, porque sé que eres andaluz y, como todos ellos, desagradecido y papalón. Pero ahora mismo te marchas de aquí con tu talega de piedras, que le ha hecho ya una matadura a una de mis mejores mulas. ¡Largo, largo antes que yo haga una de las mías!

Fulgencio vio tan enojado y decidido al arriero, que cargó su maleta y echó a andar por el camino real.

—¡Canalla de indio y de negro! Con toíta razón son eclavo —dijo en cuanto se alejó un poco—. Me contuve; pero si me he dejao llevar de mi genio, de una mordía acabo con lo arriero y con toíto el hatajo. Depué que le he hecho el favor de caminar en su mula, no me ha querido pagá y me ha robao el indino. ¡Ya se lo diré al señor virrey!

Ese día, Fulgencio tuvo que hacer su jornada a pie, cargando su maleta llena de piedras; pero como no había

gastado sus escudos, fácil le fue encontrar alojamiento y comida.

Al día siguiente del tremendo pleito con el tío Marcelo, una nube de polvo y mucho ruido anunció a Fulgencio que una gran cabalgata venía por el camino.

Se hizo a un lado y observó que era la comitiva del virrey. Gritó hasta desgañitarse; pero por el ruido de los caballos y por la violencia con que iban todos los caminantes, no pudo ser escuchado. Pasó la cabalgata sin hacerle caso, y él tuvo que continuar su camino a pie, pensando, a pesar de la fatiga que experimentaba, que los arrieros le habían robado el precio del enorme trabajo que había emprendido al hacerles el favor de caminar en la mula que le habían prestado. Fijo en esta idea, hizo cuantos esfuerzos pudo y, en efecto, llegó al mismo paraje donde se había detenido el virrey para hacer su entrada pública en Tlaxcala. En la noche le fue imposible acercarse a la noble persona del marqués; pero en la mañana siguiente, con un aire de desembarazo y de confianza, como si fuese de la casa, logró acercarse al virrey al tiempo mismo que éste montaba en el coche para continuar su camino.

—¡Justicia, señor virrey! —dijo doblando una rodilla, quitándose una vieja y raída casqueta e inclinando la cabeza con el aire más compungido y sumiso.

—Vamos, retírate, no estorbes el paso —dijo el virrey algo amostazado.

—¡Justicia, señor virrey, justicia! —volvió a exclamar Fulgencio.

—¿Qué se te ofrece? ¿Quién eres? Levántate y habla.

—Soy el mismo de Cádiz y el mismo de Veracruz, señor virrey.

—Singular respuesta —dijo éste dirigiéndose al Justicia Mayor del pueblo, que permanecía junto al estribo del coche.

—El mismo que vino en compañía de ucencia —prosiguió Fulgencio, poniéndose en pie y levantando la cabeza.

—Vaya —dijo el virrey con buen humor—, debí haberte

reconocido por el traje y la voz. Tú eres el andaluz pariente de Adán, que se me presentó en Veracruz. . . Bien. . . Despáchate pronto. . . ¿Qué se te ofrece?

—¡Me han robao, me han robao!

—¡Pobre muchacho! Te quitarían acaso los escudos que te di, ¿no es verdad? ¿Qué decís de esto, señor Alcalde? —prosiguió—. Apenas acabo de entrar en el reino, cuando ya comienzo a oír quejas de los desórdenes. ¡Contad conque en el momento que llegue a México, mandaré que os reduzcan a prisión y, si el caso lo requiere, que os ahorquen si no parecen los ladrones que han robado a este muchacho.

—Señor virrey —contestó el alcalde poniéndose pálido—, si vucencia me manda ahorcar, obedeceré, pues soy fiel súbdito de su majestad; pero podría jurar que no hay un solo ladrón desde el real puerto de Veracruz a esta ciudad: oro molido se puede tirar con la más completa seguridad.

—Pues el Justicia dirá lo que quiera, señor virrey; pero a mí me han robao —interrumpió Fulgencio.

—¿Y quién te ha robado? Habla, explícate —continuó el virrey—, porque este es un caso muy grave y yo no permitiré. . .

—Uno arriero.

—¿Unos arrieros? —interrumpió el alcalde—. ¡Imposible! ¡Si es la gente más honrada de todo el reino! Conducen dinero, alhajas y toda clase de efectos muy valiosos, y en cuarenta años que hace que resido en el país, no he oído decir que los arrieros se hayan robado ni una sola hebra de seda.

—Pue toíto eso será muy cierto —insistió Fulgencio—, pero a mí me han robao, señor virrey.

—No lo dudo, no lo dudo, señor alcalde —dijo el virrey, con mucha seriedad—. Este muchacho no puede mentir, y ya veremos cómo parecen no sólo los ladrones, sino también el robo. En el acto mandará usted, señor alcalde, que sean detenidos y reducidos a prisión todos los arrieros que se encuentren en el camino.

—Pero señor virrey —dijo el alcalde con la voz muy cortada—, es imposible que los arrieros hayan robado ni a este muchacho ni a nadie. Las personas que están aquí pueden decir si los arrieros son o no la gente de más confianza y seguridad de la Nueva España. Tenga vuestra excelencia la bondad de ordenar que este muchacho nos refiera algunos pormenores y nos diga en qué consistió su robo, y yo prometo, a fe de Pedro Carrasco, que antes que V. E. llegue a México, los ladrones estarán castigados.

—Nada más justo señor alcalde —respondió el virrey—. Vamos, muchacho; explícate y cuenta con franqueza lo que te ha pasado.

—Fulgencio se rascó la cabeza, miró a toda la concurrencia que había acompañado al virrey hasta el estribo del coche y, haciéndose el ánimo de hablar clarito, como él decía, se encaró con el alcalde.

—Por el nombre de Fulgencio García que me dio mi señor padre, que lo que digo es la purita verdá. Verá uté, señor virrey. Yo estaba recostado debajo de un árbol, cuando vi llegar una yegua torda y tras de la yegua torda unos mulos, y tras de los mulos otros mulos, que eran los arrieros. Yo nadita les pedí y ellos me montaron en un mulo aparejao y día con día he venío trabajando hasta aquí cerca.

—¿Y en qué has venido trabajando? —le preguntó el alcalde Carrasco.

—¡Toma! en venir encima del mulo; pero acabaré mi queja. Como decía, señor virrey, aquí cerca les pedí que me pagaran.

—¿Que te pagaran? Y ¿por qué? —preguntó el alcalde.

—¡Toma! señor alcalde, ¡toíto lo que he ganao por venir montao en el mulo! No quisieron darme na, y me han robao: ahí está el cuento.

—¿Y esa es toda tu queja? —le preguntó el virrey conteniendo la risa.

—¿Y qué más, señor virrey?

—Señor alcalde, me pone usted en el acto en la cárcel a este muchacho por embustero y calumniador; y si lo en-

cuentra usted justo, como lo encontrará, puede usted mandar que le den veinticinco azotes.

—Señor virrey —observó el alcalde— he oído que se llamaba García, y como los Garcías son nobles, la pena de azotes. . . vucencia sabe, que por las paternas y benéficas leyes de nuestros amados y augustos soberanos, el castigo de azotes es sólo para los indios y para los plebeyos.

—Es verdad —contestó el virrey—, pues entonces es necesario imponerle otro castigo.

—Señor virrey —interrumpió Fulgencio—, lo mejor será, salvo el parecer de ucencia. . .

—¿Qué será mejor, terco embustero?

—Que ucencia me lleve a México y allá. . .

—Y allá vayas a querer que te pague yo por el trabajo que voy a darte de caminar en coche.

—Señor virrey, la cosa no es lo mismo; los arrieros y los plebeyos deben pagar hasta por dar los buenos días a los que nos llamamos García; y los García, debemos servir de rodilla al virrey.

—En el fondo dice bien este muchacho —repuso el virrey—, pero la ocurrencia ha sido peregrina.

Sonrió al decir esto, y el alcalde y los demás asistentes tuvieron que sonreír también. Se despidió de todos y montó en el coche. Al partir las mulas, sacó la cabeza por las portañuelas y dijo:

—Que acomoden por ahí a ese muchacho, en la tablita de uno de los coches de mi comitiva.

CAPÍTULO IV

*De las sabrosas frutas que comió Fulgencio en la ciudad de México,
y de cómo halló acomodo en la casa de los hermanos
Aguirrevenguren*

Fulgencio, sin separarse de su pesada maleta de piedras, fue acomodado en la hamaca de uno de los carruajes que componían la comitiva del virrey, y cernido, magullado y confundido entre las cajas de vinos y tompeates de víveres, llegó a la Villa de Guadalupe, donde toda la servidumbre debía hacer alto hasta que el marqués llegase y fuese recibido según la costumbre y el ceremonial de entonces. Por más esfuerzos que hizo Fulgencio, le fue imposible que los criados consintieran en que permaneciese allí, sino que lo despacharon a México, temiendo, sin duda, que el buen carácter del polizón llamara la atención del marqués y lo convirtiera acaso en su favorito, con perjuicio de los que desde España venían haciendo méritos en solicitud de tal favor. El muchacho, negando, echando rayos y prometiendo pedir justicia al virrey, tuvo que obedecer, y se puso en camino cargando su tesoro, resuelto a comenzar en las Indias una vida espléndida e independiente.

Luego que llegó a la ciudad, recorrió sus principales calles y se dedicó a comprar lo que necesitaba.

—Paisano —dijo al entrar en una tienda de ropa— deseo lo mejor que haya para un vestido completo, porque este se me ha gastado un poquillo con el viaje.

El tendero se le quedó mirando y dudaba si entraría o no en trato; pero al fin pensó que, pues el muchacho pedía con tanto garbo los efectos, tendría lo bastante para pagarlos.

—Vaya, paisano; aquí tiene usted diversos efectos.

—Nada, nada —dijo Fulgencio—, toíto eso no vale un ardite. Paño, paño de San Fernando es lo que necesito, y que sea igualito al de la capa de mi padre.

El tendero no sabía qué hacer ni qué pensar; pero al fin se resolvió a bajar una pieza de un paño verde botella.

—Café, café oscuro —dijo Fulgencio—, ¿no he dicho que lo quiero igualito a la capa de mi padre?

—Paisano, como yo no sabía de qué color era la capa de su padre. . . Pero ahí tiene usted una pieza como la desea. . . Vale cuarenta duros la vara.

—¿Y qué tenemos con eso? Corte usted lo que sea necesario para un vestido completo.

—Aunque supongo que tendrá usted con qué pagar. . . bueno será. . . todo ello importará unos ciento cuarenta duros.

—Como usted guste, paisano, lo mismo me da a mí. . .

Fulgencio se inclinó a su maleta, que había colocado en el suelo, la abrió, y sacando tres o cuatro piedras, las echó con garbo sobre el mostrador diciendo:

—Páguese usted, paisano con esas piedrecillas de oro; y si algo sobra, deme vueltos algunos cuartos.

Los cajeros se agruparon y soltaron la carcajada.

—¡Cómo! ¿Es posible que haya creído el paisano los cuentos que refieren en la Península?

—¡Qué cuentos ni qué alforjas! —dijo Fulgencio mohíno—. Ni sé que esto sea cosa de risa. Yo he recogido en el camino algunas piedras de oro.

—Pues esas piedras no son más que piedras comunes que nada valen, paisano. En México hay, en verdad, piedras de oro y de plata; pero esas están en los minerales, a mucha profundidad, debajo de la tierra, y es menester sacarlas, beneficiarlas y después amonedar la plata y el oro que resulta de ellas.

Fulgencio quedó como petrificado con esta explicación.

—¿Conque es decir —exclamó— que todo este talego nada vale?

—Si todas las piedras son como éstas, nada vale.

—¿Me hace usted el gusto de ver todo el talego?

—Y como que sí, paisano.

Fulgencio alzó la maleta y la vació en el mostrador.

Entre las piedras había, efectivamente, algunas que brillaban mucho, y los tenderos las voltearon de todos lados y las miraron contra la luz.

—Algunas de estas piedras tienen cobre, paisano; pero las demás son lo mismo que las que están en los empedrados de las calles.

—¿Conque es decir —volvió a exclamar Fulgencio— que yo na tengo y he venío cargando de valde este maldito talego?

—Paisano, usted acaba de llegar de España, ¿no es verdad?

—Hace un cuarto de hora, paisano.

—¿Y a quién conoce usted en México?

—A naide.

—¿Y a quién viene recomendado?

—A naide.

—¿Y tiene usted algunas monedas?

—Unos cuantos cuartos.

Fulgencio sacó del bolsillo las monedas de oro y plata que le quedaban.

—¡Bah! —dijo el cajero—. Con menos de eso viví yo un mes cuando vine hace diez años. No hay que afligirse, paisano, Dios es grande y la América rica. Lo que hay que hacer es gastar muy poco, mientras se encuentra acomodo.

—¿Y dónde tengo que buscar ese acomodo?

—En el comercio. No hay más que ir de puerta en puerta, que ya saben que los polizontes son gentes de honra y provecho. Entre tanto, es menester buscar un mesón para pasar algunos días.

Fulgencio, abatido, descoyuntado como si hubiese recibido un golpe eléctrico, bajaba la cabeza y los ojos y no tenía ni aliento para responder. Todas sus ilusiones respecto a las riquezas fabulosas de las Américas se habían desvanecido en un momento, y sus sueños de oro se le habían convertido en un montón de tierra y de piedras, que los cajeros tiraban a la calle sacudiendo el mostrador y guardando sólo cuatro o cinco trozos que tenían algunas partículas relucientes de cobre.

—Conque a fuer de españoles —dijo Fulgencio mirando que tiraban las piedras a la calle— ¿nadita vale todo esto?

—Nada, paisano —le contestaron los cajeros— y no piense más en ello. Vale más que cobre ánimo y que, antes de que se le acaben esas monedas, camine a buscar en qué ganará la torta. Aquí somos muchos y el amo no recibirá ya más gente; pero no será así en otras tiendas.

—Paisano, gracias, gracias —dijo Fulgencio tristemente. . .—. Pero, ¡qué diablo! —exclamó después recobrando todo su brío y buen humor—. ¡Quién dice miedo! Ya veremos, paisano, cómo llego con el tiempo a tener montones de piedras de verdadero oro. . . Que Dios os guarde, paisano, y hasta más ver.

—A todos los que venimos nos sucede este chasco —dijo el cajero a sus compañeros—. En España creen que no es más que llegar a América y recoger montones de oro, cuando lo cierto es que cuesta mucho trabajo ganar la torta y guardar unos cuantos maravedís.

Fulgencio se salió de la tienda, y muy tranquilo y conforme ya con el cambio repentino de su situación pensó en buscar un acomodo. Se dirigió maquinalmente al Parián y, entrando por una de sus callejuelas, alzó la cara, y lo primero que vio fue un letrero arriba de dos puertas que decía: “Aguirrevengurren hermanos”. Como hemos dicho que Fulgencio no sabía leer de corrido, comenzó a deletrear, sin quitar la vista del rótulo, hasta que a fuerza de trabajo y de paciencia, logró saber lo que decía.

—Vaya un nombre facilito —dijo—. Naita ha faltao para que me lleve toíto el día deletreando.

—¿Quería algo, paisano? —dijo desde la puerta alguno que oyó el soliloquio de Fulgencio.

—Paisano, ¿usté es el dueño de la tienda?

—Yo no, paisano; pero no tardará en bajar el amo.

Fulgencio esperó. A poco bajó a la tienda un hombre gordo, muy entrado ya en los cincuenta, de muy baja estatura, con una nariz que terminaba en una media esfera encarnada; ojos muy pequeños, sombreados por unas es-

pesas y negras cejas, que parecían dos retazos de un cepillo de botas. Un birrete negro, encajado hasta las orejas, le cubría una espaciosa calva; mas a pesar de lo tosco y aun deforme de sus facciones, su boca rasgada, con un par de hileras de dientes todavía blancos, expresaba la bondad y franqueza, que también se habría podido notar en los ojos, a no impedirlo la sombra que proyectaban en ellos las erizadas cejas y sus gruesas pestañas.

—¿Qué quiere este mentecato? —dijo el amo luego que vio a Fulgencio.

—Paisano, si uté no lo lleva a mal, quiero un acomodo —contestó Fulgencio.

—¿Acomodo? ¿Y de qué? —preguntó el amo con una voz un poco áspera y regañona.

—De lo que uté guste, paisano.

—¿Sabes escribir?

—Vea uté: lo que es eso, no he comenzao toavía.

—¿Sabes leer?

—La verdã... no sé toavía leer muy de corrió; pero con algún trabajillo, leeré too lo que uté quiera... ¡Toma! he leío ese nombre que está arriba de la puerta... Y con eso se dice tóo.

—El nombre, el nombre —gruñó el amo— es el mío, y ninguno tiene que ver si es largo o si es corto. Ese fue el nombre de mi padre y basta. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Fulgencio García, y con decir García se dice tóo. Entre nuestra familia ha habido más condes y reyes que el pelo que tiene usted en las cejas.

—¡Demonio! —exclamó Aguirrevengurren riendo.

—Como uté lo oye —prosiguió Fulgencio.

—¿Y de dónde eres tú?

—De Andalucía, para servir a uté; casi del merito Cádiz.

—¡Demonio! —volvió a decir el amo—. Todos los andaluces son el diablo de habladores y de vanidosos. Bueno, si quieres quedarte en la casa... ¿Qué dices Romero? —continuó, dirigiéndose al dependiente, que era la persona que había hablado primeramente con Fulgencio.

Romero tenía una figura que formaba un contraste marcado con la de su amo. Era alto, seco, pálido, con muy escasas cejas, con tres o cuatro dientes en la boca y más de sesenta primavera en todo su enjuto cuerpo.

—Patrón tenemos necesidad de un muchacho que barra la tienda y que traiga la comida, y este pillo parece fuerte y bueno; pero si no es bueno, lo podremos enderezar con unos cuantos palos.

—Ya ves, Romero se encarga de ti, y puedes quedarte desde hoy si gustas; tendrás cuatro duros cada mes, la casa y la comida.

—Paisano, hablemo claro. Yo me quedaré y tendrá uté un mozo que no lo encontrará mejor ni mandao jacer; pero he de ganar lo menos diez duros cada mes y un vaso de vino en la comida. Si la perla acomoda, bien; y si no, a noramala, no hay naa perdío, que al fin, luego que venga el virrey. . .

—¡Insolente, avariento! Apenas llegas y ya quieres ganar diez duros. ¿Qué dices, Romero?

—Que es un avariento —repitió Romero.

—En cuanto al vino. . . ¡bah! Te daré un poco y cinco duros —dijo el amo.

—Paisano, hasta más ver —dijo Fulgencio dando la vuelta y siguiendo su camino por la callejuela.

—¡Pícaro! —exclamó Aguirrevengurren—. Apenas pisa la tierra, y ya quiere juntar montones de dinero. ¡Diez duros! ¡No los valen él ni toda su generación! ¿Qué dices, Romero?

—El muchacho es fuerte; y si él quisiera acomodarse por seis pesos, el patrón haría bien en tomarlo.

—Él volverá, él volverá; porque acomodados de a seis duros no se encuentran fácilmente en México.

Fulgencio, confiado en las monedas que tenía, fuese a buscar un mesón, decidido a pasear unos cuantos días a sus anchas, y esperar, entre tanto, la entrada del virrey, con cuya amistad y protección creía contar. Confiando con una fe digna de los primeros apóstoles, en su porvenir de riqueza, el muchacho andaluz, en vez de economizar,

como se lo aconsejaron sus paisanos los cajeros de la tienda, comenzó a gastar a sus anchas su pequeñísimo capital, perdiendo la mayor parte de él en jugar a la pelota con otros polizontes que, por ociosos y altaneros, corrían la luna en la ciudad y no habían podido encontrar colocación. A los ocho días de holganza, no quedándole ya más que unos cuantos cuartos, se decidió a aceptar el salario de cinco pesos que le habían ofrecido los hermanos Aguirrevenguren, y se encaminó al Parián, entrando antes y como de paso al mercado del recaudo y de la fruta. Comenzó a recorrer los puestos y a hacer preguntas a los indios vendedores, hasta que llamó su atención un puesto que tenía frutas para él desconocidas: eran piñas, aguacates y ciruelas. Compró una piña, sacó una gran navaja que le había regalado entre su equipaje el piloto Cristóbal, y se sentó en un poste a comer grandes tajadas; los que pasaban y observaban al andalucito, comiendo con un verdadero placer una piña con cáscara, sonreían, porque estaban ya acostumbrados a ver a los peninsulares cometer estos equívocos gastronómicos; pero no faltó un alma caritativa que advirtiera a Fulgencio que lo mejor era quitar la cáscara a la fruta, y comer lo de adentro.

—Gracias, paisano —contestó Fulgencio—. Es verdad que me escuece un poco el labio; pero ya remediaremos el mal.

Compró entonces ciruelas, engulló con todo y la carne, comenzó a cortar tajaditas del hueso, y a mascarlas con su fuerte y blanca herramienta.*

—¡El diablo de la frutilla! No es muy agradable —dijo tirando al suelo hueso y carne— y es mejor comer todo lo que Dios ha criado, sin quitarle nada.

Compró entonces ciruelas engulló con todo y hueso

* Al que parezca esto exagerado, puede consultar un diccionario formado por varios literatos españoles, e impreso en Madrid que al definir el aguacate, entre otras cosas dice: que “es una fruta de América, muy sabrosa, que se pela y, quitándole toda la parte carnosa, se come el almendro”.

algunas de ellas, y se encaminó en seguida para la casa de Aguirrevengurren.

—Patrón, estamos conformes y arreglaos —dijo entrando en la tienda—. Me tiene uté toíto entero y serviré a uté de rodilla: conque cinco duros, el vino y buena ración de comía.

—¿Qué diablos te ha sucedido, que tienes la boca que ya te revienta? —le preguntó el patrón luego que lo vio.

—No es naa; una maldita frutilla muy dulce; pero algo picantilla, que comí en el mercao.

—Este muchacho tiene la boca hinchada. ¿Qué te parece, Romero?

—Romero se acercó a Fulgencio, le examinó la boca y, volviéndose a su amo, con la mayor gravedad respondió:

—El muchacho tiene la boca hinchada.

—Bien; ya me figuraba yo que debías venir —continuó Aguirrevengurren satisfecho con la aprobación de Romero y respecto al estado que guardaba la boca de Fulgencio— porque no están muy abundantes en América los destinos de a cinco duros cada mes. Te quedarás desde ahora. ¿Qué te parece, Romero?

Romero hizo seña con los ojos que le parecía bien, y desde ese momento quedó recibido en la famosa casa de comercio, en calidad de criado de escoba, el muy noble e ilustre vástago de la casa de García.

Ese día, como había pasado ya la hora de la comida, Romero dio una peseta a Fulgencio para que fuese a comer a la calle, y le previno que volviera a las siete de la noche. Este se fue a la calle, gastó su peseta en nuevas y dañosas golosinas, y a las siete de la noche volvió a la tienda; pero llegó con trabajo.

—¡Me muero, me muero; no sé qué siento! —dijo, dejándose caer en un tercio de jerga que estaba junto al mostrador.

—¡Demonio! —exclamó Aguirrevengurren, saltando del mostrador y dirigiéndose a donde estaba el muchacho que, hipando y lleno de fatiga, parecía tener ya muy pocos momentos de vida—. Suda frío y no puede respirar —dijo

el amo tentándole la frente y los carrillos—. ¿Qué te parece, Romero?

Romero, a su vez, saltó del mostrador, reconoció al paciente y, volviéndose a su amo, con su seriedad de costumbre, le contestó:

—Suda frío y se muere.

—¡Demonio! Corre por el doctor y ven con él antes de que reviente este muchacho.

Romero tomó su sombrero y salió en busca del médico. A poco rato regresó acompañado del doctor, que venía, como era de costumbre, montado en su mula, vestido de negro y con su espadín ceñido.

—¿Quién es el enfermo? —preguntó.

—Este diablo de mancebo, que se ha rellenado de fruta en la plaza.

El doctor pulsó al paciente y le reconoció el vientre.

—Pronto, papel y tintero, porque está muy grave.

Recetó, Romero corrió con cuanta velocidad se lo permitían sus flacas piernas y su pacífico carácter, y el doctor se retiró diciendo:

—Si para cuando venga ese vomitivo, no ha reventado, hay esperanza.

—¡Demonio! ¿Pues qué va ya a reventar? —preguntó alarmado Aguirrevenguren—. No hay que separarse de aquí, doctor, esperaremos que venga Romero.

Romero tardó menos de lo que era de esperarse y, habiéndosele administrado en la trastienda el vomitivo al desgraciado Fulgencio, al fin, con un trabajo tal que hasta el doctor mismo lo tuvo por muerto, logró arrojar las cáscaras de una piña entera, los fragmentos de un hueso de aguacate y algunas docenas de huesos y ollejos de ciruela. El muchacho quedó con esto sosegado, y a poco concilió un macizo sueño del que no despertó sino a la mañana siguiente.

CAPÍTULO V

Donde se dice quién era Aguirrevengurren y su dependiente; de cómo hacían el comercio, y de la vida metódica y arreglada que tenían los ricos de otro tiempo

No será por demás dar al lector alguna idea de los comerciantes que había en la metrópoli de la Nueva España, en la época en que llegó en busca de fortuna nuestro noble polizón.

Los hermanos Aguirrevengurren eran, aunque de apellido vizcaíno, nacidos en Galicia, a donde había ido su padre en calidad de mayoral de una dehesa, y su madre en la de nodriza de una familia rica. Los hermanos Aguirrevengurren eran gemelos, o cuates, como decimos nosotros. El uno se llamaba José Pascasio, y el otro Pascasio José. Ambos tenían la misma nariz encarnada, las mismas cejas y pestañas cerdosas, el mismo cuerpo y la misma gordura: dos gotas de agua no se parecerían más.

Apenas tuvieron veinte años, cuando el padre, que ya estaba viejo y achacoso, no quiso dejar a su prole sin carrera ni educación, y los envió a las Indias, que esta fue por muchos años la educación y la carrera que infinidad de familias pobres daban a sus hijos. En cuanto a los que tenían valimiento, acomodaban a sus hijos de escribanos, de curas, de canónigos, de lo que podían.

Desde el portero de oficina, hasta el virrey, todo había de venir de España, y esta es una de las quejas que con más razón han exhalado los oradores cívicos por muchos años en el glorioso dieciséis de septiembre. El león de las Españas era, en efecto, tan voraz, que no dejaba ni un hueco para la flaca águila de los aztecas.

Los dos gemelos, como hemos dicho, recibieron como único haber para su viaje la bendición paternal, y todavía,

más mimados que nuestro pobre García, que vino a la buena de Dios, trajeron una carta para un canónigo, que era su pariente lejano. En cuanto llegaron a México, éste proporcionó destino a sus dos parientes: al uno lo envió en la nao de Filipinas, y al otro lo puso de cajero en una tienda mestiza. Al separarse los dos hermanos, celebraron una compañía y quedó estipulado que, si algún día, como esperaban, llegaban a ser ricos, la mitad de lo que cada uno tuviese sería del otro; que la firma sería, Aguirrevengurren hermanos y que, si tenían tienda, cualquiera que fuesen los efectos que se vendiesen, y el capital que se girase, había de tener un letrero que dijese: "Aguirrevengurren hermanos". Con estas condiciones y un estrecho abrazo, José Pascasio marchó para Acapulco y Pascasio José para la tienda de la esquina de Provincia; todo ello con gran placer del viejo canónigo, que se vio desembarazado del incómodo cargamento que de improviso le había llegado de la Península.

Al cabo de treinta años de paciencia, de trabajo y de economía, José Pascasio se hallaba establecido en el puerto de Cavite, en Filipinas, donde tenía una famosa tienda con un rótulo que decía: "Aguirrevengurren hermanos", y Pascasio José poseía, en el lugar más concurrido del Parián, una tienda de ropa, quizá la mejor surtida de México; y como hemos visto, tenía también su correspondiente letrero, que con tanto trabajo leyó el polizón andaluz, que es el primer héroe o, mejor dicho, el padre y origen de otros héroes que verá el curioso lector figurar en esta verídica historia, si tiene la paciencia de ir leyendo los capítulos que seguirán.

A los que todavía tienen créditos procedentes de los daños causados por la demolición del Parián, dejo el cuidado de que escriban algunas investigaciones arqueológicas; a mí me basta indicar que, en cierto tiempo, ocurrió no sé a quiénes la idea de desfigurar la magnífica y espaciosa Plaza Mayor, construyendo un edificio cuadrado o cuadrilongó, de un piso y medio, que daba uno de sus frentes al Portal de Mercaderes; otra al palacio; de sus dos

costados, el uno daba a las casas municipales y el otro a la ancha avenida que forman el Empedradillo, y la catedral, y que se conocía con el nombre de Plazuela del Marqués del Valle.

Este edificio, que contenía dentro de él otro cuadrado, con dos órdenes de tiendas, una calle en el centro, y otras más angostas en los laterales, era donde, a semejanza de lo que se acostumbra en Manila y algunos puertos de China, se había concentrado todo el comercio español. Nada de aparadores, ni de grandes cristales, ni de elegantes mostradores de caoba, ni de bufetes para escribir de pie y con incomodidad, ni enrejados, ni reglas de rodillo, ni navajas para raspar, ni enormes letras con las esquinas de latón; todo eso que forma hoy la parte cómica del comercio, no se conocía en los tiempos de bienandanza de que vamos hablando. Las tiendas, por lo común de dos puertas, tenían un tosco mostrador de cedro y unos armazones de madera de pino o de oyamel, sin pinturas, dorados, ni vidrieras, donde estaban colocados con orden y simetría los diversos géneros que se vendían. En el centro del almacén, y en la parte más elevada, regularmente había un cuadro de madera con embutidos de concha o de plata, que contenían una imagen de la Virgen de Guadalupe, del Señor San José, de San Cayetano o de otro santo de la devoción del propietario. Cada día del mes señalado para conmemorar al santo patrono de la tienda, se le encendían dos velas de cera, que se colocaban en dos arbotantes, y se adornaba el marco con algunas flores de papel, que constituyen todavía en el mercado del Portal, por lo raro de ellas, otras tantas especies nuevas, que ni Lineo ni De Candolle habrían podido clasificar.

En lugar de los dependientes almibarados, de retorcido bigotillo, de reloj de Lozada y de sacos de Charricué y de Godard, que se recrean con las lindas marchantas y les trasladan el almacén entero a los coches, a pesar de cuantos peligros ha encontrado en esto el sabio viajero Chevallier, no se encontraban entonces sino mocetones rollizos, con unos carrillos encarnados, con una dicción ce-

rrada a veces ininteligible, con sus grandes chaquetones de paño burdo, sus zapatos de becerro a raíz del pie y sus camisas de cotonada, que, tiesos, con una vara de medir en la mano, parecida a una viga de escantillón, esperaban a los compradores más bien con aire de conquistadores, que no con el de obsequiosos comerciantes. Eso sí (dicen todavía nuestros viejos conservadores), ¡qué honradotes y qué campechanos! Pan, pan; vino, vino; y no daban el paño ni la sarga podridas. Y el paño de San Fernando, de que quería vestirse nuestro polizón, valía por todos los Bonjeans y Malatrops que hoy nós encajan los franceses a peso de oro. Además, las señoras y las niñas podían ir al comercio con toda seguridad. Ya se habría guardado entonces un cajero polizón de decir a una niña ¡qué lindos ojos tienes!, porque a China habría ido a contar el cuento. En fin, esos tiempos eran, como todos los pasados, mejores, y son el recuerdo a la vez que la pesadilla de los pocos viejos que todavía los alcanzaron.

El cajón, pues, de los hermanos Aguirrevenguren era el de más fama en el Parián; todo lo que se necesitaba para el lujo de entonces se encontraba allí de la mejor calidad. Era tan popular el establecimiento mercantil, que cuando se cansaban las gentes de buscar un efecto y no lo encontraban en otras tiendas, decían: “No hay que cansarse, vamos a casa de los Venguren, y encontraremos todo lo que se necesite”. En el frente del armazón estaban colocadas las telas de seda, los tejidos de lama de oro y plata y los damascos de China; en la derecha, los anascotes, las estameñas, los rompecoches y las sempiternas; y en la izquierda, los listados de Flandes, las estopillas, los caserillos, los cañamazos, los bramantes, los floretes y otros y otros muchos lienzos blancos, o pintados, que son hoy totalmente desconocidos en el comercio.

En los rincones de la tienda, por apéndice o adición, había algunos frascos de azogue, algunos barretones de fierro de Vizcaya y unos cuantos tercios de jerga y jerguetilla del país. Un Señor San José, de la primera época de Murillo, engastado en un ancho marco de plata, era el

patrono de la tienda, y el hermano José Pascasio tenía otro absolutamente igual en la tienda de Cavite.

Aunque el edificio del Parián era de un solo piso, Aguirrevenguren hermanos, como acaudalados y pudientes que eran, habían logrado levantar un poco el techo y hacer una trastienda y un tapanco, con cuyas mejoras tenían cuanto habían menester. El otro hermano había hecho igual cosa en la tienda de Cavite.

Pascasio José Aguirrevenguren, o Venguren, como por abreviatura le decían sus marchantes y le diremos nosotros en lo adelante, tenía en el local que hemos descrito, su hogar, su tienda, su caja, su palacio, su recreo, su mundo todo entero y verdadero con cuanto de bueno y de maravilloso se encierra de uno a otro polo.

Policarpo Romero, que era su dependiente, hacía veinte años que le servía en el cajón de ropa con el sueldo, primero, de diez, luego de quince, treinta y, finalmente, de ochenta pesos cada mes, que era extraordinario, casi fabuloso en aquellos tiempos: dependiente y patrón habían congeniado de tal manera, que en todo ese tiempo ni un sí ni un no, como se dice vulgarmente, había habido entre ellos.

El equipaje de Romero se componía de un colchón de lana, dos pares de sábanas, dos pares de camisas y cuatro pañuelos paliacates. Mientras se ensuciaba una muda en el espacio de quince días, iba la otra a la lavandería. A este equipaje, que de día permanecía guardado debajo del mostrador, le añadía un par de toscos zapatos de becerro, que le renovaba un remendón, poniéndoles ya la puntera, ya un parche en el juanete, ya una media suela o ya los tacones nuevos, hasta que, al cabo de seis u ocho meses, era ya necesario comprar unos absolutamente nuevos; un chaquetón y unos calzones de pañete ordinario azul claro, que se remendaban y recosían también durante doce meses; y al fin, de zapatos, chaqueta y pantalón viejos, Romero, antes de estrenar otras nuevas prendas, precisamente el día de su santo, sacaba sus doce o catorce reales.

Habiendo descrito el equipaje del dependiente, es inútil mencionar el de Vengurren: era absolutamente igual, sin más diferencia que el paño de su vestido era un poco más fino y azul oscuro, que tenía un par de camisas y un par de sábanas más y una docena de paliacates, porque tomando polvos le era necesario cambiar con más frecuencia.

Los muebles de Vengurren eran un par de inmensas cajas de madera de cedro, con relieves y labores primorosamente talladas, y en la tapa y costados el águila austriaca de dos cabezas. Cada una de estas cajas tenía tres enormes llaves y en cada caja había siempre ochenta o noventa talegas de pesos, y cuatro o cinco mil onzas de oro. Junto a las cajas había siempre ochenta o noventa talegas de pesos, y cuatro o cinco mil onzas de oro. Junto a las cajas había siempre un par de pipas de vino de la Rioja, para el consumo diario del amo y del dependiente. En el tapanco, a donde no se podía penetrar sino en tres dobleces, había unos tres o cuatro sillones, una mesa de cedro, un cántaro con agua y un lebrillo de barro con un zacate; un pan de jabón ordinario y un trozo de cotence de abrigo, que servía de toalla.

La vida de Vengurren era uniforme, igual el primer día que el último del año. Se levantaba en verano a las cinco y en invierno a las seis. En cuanto despertaba, tosía quince o veinte veces y, después de expectorar gritaba con una voz fuerte y sonora.

—Romero, las cinco: alabado sea Dios.

—Las cinco, señor amo, —contestaba Romero.

Y ambos, al son armonioso de las campanas que daban el toque de alba, se ponían a rezar. Amo y criado se vestían en menos de cinco minutos. Romero abría la puerta de la tienda, cogía la escoba y comenzaba a barrer y a sacudir: Vengurren se ponía un birrete negro, de seda, que le cubría la frente y las orejas, tomaba un sombrero y su capa y se marchaba paso a paso a la Profesa; allí oía dos o tres misas de las más largas, pues las cortas no le satisfacían, rezaba dos o tres novenas, muchos padrenuestros,

credos y salves a diversos santos, hasta que oía las campanadas de las ocho, a cuya hora precisa se retiraba, y dando dos vueltas por los cuatro costados de la catedral, terminaba su paseo y sus oraciones recalando en la puerta de la tienda, donde le gritaba por segunda vez a Romero, sin que un solo día faltase a esta costumbre.

Romero tenía ya preparados un par de pozuelos de china copados de espumoso chocolate: el amo sobre una de las cajas de dinero, y el dependiente sobre el mostrador y con el ojo pendiente a la calle, saboreaban el maracaibo, concluyendo con sorberse dos grandes jarros de Tonalá, de agua fresca y cristalina, pues la dejaban al sereno a poca distancia de la puerta.

Concluido el desayuno, se arreglaban los efectos para la venta del día, se abrían algunos tercios, se doblaban en el mejor orden algunos retazos, y comenzaba el despacho. Hemos dicho que la tienda de Vengurren era una de las más acreditadas del Parián; así, no tenían tiempo ni de mirarse, ni lo perdían en vanas palabras: los precios eran fijos, los efectos de primera calidad, y la buena fe no le permitía al propietario hacer más ganancia que la que había calculado, sin prevalerse de la ignorancia ni de la riqueza de sus compradores: los géneros podridos, averiados o de mala calidad, los ponían de un lado y no los vendían sino a los mercaderes del interior, a precios convencionales: la moneda falsa la clavaban en el mostrador; la lisa, la separaban para mandarla fundir en la real casa de moneda; y el oro y la plata nuevos iban a aumentar el caudal de los cofres, ya bien repletos. El mismo sistema, sin variar una línea, seguía el hermano Aguirrevengurren, de Cavite.

Al primer toque de las doce, todo trabajo se suspendía para rezar "el ángel del Señor", etcétera, al que hacían coro los piadosos marchantes de esa hora, Romero cerraba una de las puertas, mientras por la otra entraba un moce-tón con una gran cesta. Era la hora solemne de la comida y, en esos momentos, Vengurren no atendía a nadie, ni vendía, ni hacía otra cosa más que comer. Un gran plato

de arroz con jamón, chorizos, garbanzos, trozos de huevo; un par de pollos cocidos; una lonja de tocino y otra de ternera; un poco de melado de Tierra Caliente; algunas piezas de fruta y una botella de vino de la Rioja: tal era, día por día, la comida de nuestros dos gallegos. Cuando Vengurren estaba desgano, apenas se acababa el pollo; pero cuando los dos tenían el apetito en corriente, que era lo que solía suceder en veintinueve días de los treinta que tiene el mes, entonces los pollos, las tajadas de tocino y de ternera, desaparecían devoradas por las quijadas y las dentaduras todavía fuertes de los dos gallegos: acabada la comida, se limpiaban los labios con una miga de pan sobrante y los dientes con unos popotes. Romero colocaba los trastos en el cesto, despachaba al mancebo, barría las migajas y se salía a dar vuelta, mientras Vengurren, sentado en una banquilla y recargado en el mostrador, dormitaba una media hora. A las cuatro, Romero sacaba una silla fuera de la tienda, donde se sentaba el amo a tomar el fresco, a sorber otro gran pozuelo de chocolate, con el mismo apetito que si no hubiera tomado nada en veinticuatro horas, y a platicar con los vecinos de enfrente, sobre la llegada de la nao de China; sobre el precio del cacao, del fierro y del azogue; sobre la función de iglesia de tal o cual archicofradía y sobre la enfermedad o la muerte de algún oidor, o de algún canónigo. ¡Qué tiempos! La política era obedecer al rey y a la Inquisición, comer y dormir con descanso y refundir talegas de pesos. En este intervalo, Romero, que quedaba solo en la tienda, echaba de vez en cuando sus cabeceadas, si no le interrumpía algún marchante esta inocente ocupación.

Todo se hacía antes con método y al toque del reloj. En cuanto daban en la catedral las oraciones, se cerraba la tienda. Romero se dedicaba a arreglar de nuevo los retazos y piezas que se habían sacado para el despacho, y el amo a contar el dinero, separando el menudo del duro y el oro de la plata; hecha esta operación, sacaba de un cajón un gran tintero de plomo y un libro forrado de badana encarnada, y con una mala letra apuntaba en una hoja:

Vendido el 30 de octubre 857

Pasaba algunas hojas del libro y continuaba sus apuntes:
Prestado al vecino Litigurrea 2 000
Gastos de la casa 6
Ganado entre ayer y hoy 269

Sin necesidad de toda esa jerigonza de letras a cobrar y varios a varios y caja a Bretaña y acreedores a caja, que se usa hoy, quizá con el laudable objeto de que pocos lo entiendan, Vengurren, en dos plumadas, hacía las cuentas y sabía poco más o menos que, gastando seis pesos, ganando sobre doscientos y no debiendo ni un centavo a alma nacida, los asuntos mercantiles no habían de caminar mal. Sobre todo, las cajas se abrían todas las noches, se introducía en ellas el importe de la venta, y nunca dejaba el amo de hacer estas preguntas a su dependiente.

—¿Cuánto tenemos, Romero?

—Ciento veinte mil pesos, señor amo.

—¿Cuánto debemos?

—Veinte mil pesos al hermano de Cavite, y veinte mil en Cádiz.

—¿Cuánto nos queda?

—Ochenta mil pesos.

—Bueno: ¡bendito sea Dios!

Vengurren, al decir esto, echaba una mirada a sus cofres, acomodaba bien algunos talegos, cerraba y guardaba el libro, llaves, y tintero en el cajón y, tomando la capa y su sombrero, se salía a dar vueltas por el empedradillo y los cuatro costados de la catedral, hasta las ocho y media. Romero, entretanto, se paseaba a lo largo de la callejuela del Parián, en compañía de uno o dos dependientes de las tiendas vecinas. A cosa de las ocho y media, el mancebo, con la cestilla de la cena, y Vengurren embozado en su capa, llegaban casi al mismo tiempo; la cena era menos abundante que la comida; pero el amo nunca dejaba de engullir medio capón asado, un plato de frijoles y su botella de vino. Acabada la cena, amo y criado cerraban su puer-

ta, rezaban hincados de rodillas el rosario y hacían sus camas, Romero en el mostrador y Vengurren sobre una de las cajas de dinero; ambos se puede decir que dormían a pierna suelta sobre la fortuna. El sábado en la tarde la tienda se cerraba más temprano: era el día consagrado al aseo. Entraba el barbero y, primero rasuraba al amo y en seguida al criado, llenándolos de polvo blanco hasta los ojos; después del barbero, seguía la lavandera con la ropa limpia. En la trastienda se mudaban alternativamente la camisa, entregando la muda sucia, pintaban con un palito con tinta las desolladuras y lacras que había tenido el calzado durante la semana, y se lavaban las manos con zacate y jabón, restregándolas todo lo posible para que durasen limpias los siete días siguientes. Romero se bañaba cada año, el día de San Juan, y Vengurren decía que no había, en el curso de su vida, recibido en la cabeza más agua que la del bautismo.

El domingo, día de diversión y de gorja. Vengurren era no sólo hermano, sino bienhechor de tres o cuatro cofradías; así, desde las siete de la mañana hasta cerca de las doce, estaba ocupado. En una iglesia tomaba un enorme pendón y presidía una procesión; en otra tenía necesidad de asistir con un enorme escapulario al cuello a la misa cantada y en el sermón; y en la de más allá, tenía de por fuerza que ayudar a la misa. Fatigado de tanto rezar y de tanto estar arrodillado, venía a su tienda; eso sí, con más apetito y a gustar, además de lo ordinario, un buen plato de bacalao o un trozo de pámpano de Veracruz. Desde las tres de la tarde, Romero y Vengurren, sin chaqueta y como si tuviesen veinte años de edad, hacían prodigios en el juego de pelota. Al oscurecer, Vengurren se dirigía a la Profesa a visitar al padre Clavijero, y el dependiente, a una doña Quiñones, dueña de cincuenta primaveras y de toda confianza de la antigua casa de los marqueses del Valle.

Este era el único desliz amoroso que se le conocía a Romero; y en cuanto a Vengurren, a pesar del par de capones diarios que engullía, y de los tres cuartillos de Rioja

con que los humedecía, no se sabía que tuviese amores ni extravíos algunos, aunque malas lenguas decían que era el padrino de tres chicos, cuyas madres eran unas nobles indígenas del pueblo de Coyoacán.

Tal era, pues, la casa donde se colocó en calidad de dependiente nuestro orgulloso polizón.

CAPÍTULO VI

De cómo Fulgencio fue puesto en la escuela, y del sistema humanitario que usaban para la enseñanza de la juventud los caritativos padres Betlemitas

Luego que el nobilísimo Fulgencio García recobró completamente la salud, comenzó el desempeño de sus funciones, algunas de ellas muy delicadas y comprometidas, como la de barrer la tienda y la calle; pesaba sobre Romero, pero éste, con más patriotismo y desprendimiento que muchos de nuestros hombres políticos, las delegó en el nuevo dependiente, como muestra humilde que rendía a sus talentos, a sus anchos pulmones y gordas muñecas. Fulgencio, además de esto, tenía que comprar la leche y el chocolate y traer el almuerzo y la cena. Andalúz voluntarioso y no muy experto en el difícil arte de llevar en peso una de las más respetables casas de la época, solía quebrar las vasijas, derramar la leche y mezclar el arroz con el pollo, lo cual le costaba duras reprimendas, particularmente de parte de Romero, que se adelantaba hasta a darle algunos pescozones.

Una noche, que quebró todos los trastos y los dos viejos gallegos estuvieron a pique de quedarse sin cenar, Romero se quedó mirando al amo y, después de una larga meditación, le dijo:

—Señor amo: me ocurre que es menester darle todos los días de cuatro a cinco palos a Fulgencio.

El amo se quedó meditando a su vez y, pasando un momento, le respondió.

—Vaya cuatro; pero que sea a la hora de levantarse, a las cinco en punto de la mañana.

Desde aquel momento Romero buscó una estaca a propósito para que, sin romper a Fulgencio las costillas, se le sentaran bien los palos en los lomos, y la suerte del noble andalúz quedó decidida. Amaneció el día siguiente, y ape-

nas se había atado Romero los calzones y acabado su “Magnificat”, cuando descargó los cuatro palos en los lomos de Fulgencio que, desperezándose y soñoliento, salía de debajo del mostrador, donde tenía señalado su aposento.

—Así tendrás para todo el día, y te harás hombre —le dijo Romero respondiendo a los lloros del muchacho—. Y si dices una palabra, el amo irá a ver al virrey y te enviará al presidio de Manila.

Durante tres días se repitió la operación, hasta que al fin Vengurren, compadecido del muchacho y haciéndole prometer que en lo adelante tendría más cuidado con los trastos, derogó la terrible orden. Fulgencio, sin embargo de esta vida, estaba en el fondo satisfecho, y los domingos, cuando con su chaqueta nueva y sus toscos zapatos pintados de tinta se juntaba con otros polizones, nunca dejaba de contarles que era el favorito de la casa Aguirrevengurren hermanos y que, en cuanto se muriera el viejo, lo que no tardaría en suceder, él sería el heredero de todas las talegas. En fin, el muchacho sufrió palos y regaños, porque había reflexionado ya que la plata no estaba tirada en los caminos, como le había dicho su padre en Cádiz, sino encerrada en los cajones de cedro del viejo gallego, y que había de llegar un día en que todo ese tesoro fuera suyo. La paciencia es una gran virtud. Como Romero se iba haciendo viejo pesado, flojo y regañón, y además tenía ya ahorrados sus veinticinco o treinta mil pesos, Vengurren, que tenía simpatía por Fulgencio, pensó educarlo para que, con el tiempo, llegase a ocupar el lugar de Romero; y al efecto, se decidió a ponerlo en la escuela para que aprendiera a leer bien, escribir y las cuatro reglas.

Los padres Betlemitas eran, por no decir los tigres, los leones de esa época. No se hablaba de otra cosa en las casas principales de México. Todo el mundo estaba maravillado del simple a la vez que portentoso descubrimiento que habían hecho los sabios religiosos. Su teoría era la más sencilla, la más admirable y la más humanitaria del mundo: “La letra con sangre entra”. Todas las tiernas madres

se habían apresurado a aprovecharse de la maravillosa invención, y acudían en tropel a hacer que las posaderas de sus adorados hijos recibieran ese bautismo y que les entrara el saber por una parte absolutamente distinta del cerebro.

—Lo raja usted vivo, padre, y me lo entrega muerto —le decían—, pero que sepa escribir, porque lo primero que debe tener el hombre, es una buena letra.

Ya se ve: costaba tanto trabajo leer la firma de algunos virreyes, que no era extraño que se hiciesen grandes sacrificios por obtener una mejora social tan notable. ¡Oh, y qué discípulos y qué letras! Redondas, perfectas, propias para que las leyera un ciego, y no estas garrapatitas, borroneadas con plumas de acero, que se oxidan al cuarto de hora y rasgan el papel al echar el rasgo final con que concluyen las firmas de *huacalito*. Dejemos a nuestros viejos consolarse con el recuerdo de su edad de oro, y volvamos a nuestro noble y esclarecido héroe.

Un día se presentó Vengurren en el edificio de los Betlemitas, que todavía existe en nuestros tiempos. En la puerta había un grande escudo campo azul, con una estrella de plata iluminando tres coronas de oro; todo este emblema recordaba la venida de los Reyes Magos al portal de Belén.

Fulgencio, que no sabía la suerte que le aguardaba ni con qué varones caritativos tenía que habérselas, se dejó conducir sin hablar una palabra: llegaron a la puerta de la escuela. Era un salón amplio, pintado de blanco con cal. En el fondo había una gran mesa y, sentado en un sillón un religioso grueso, de ojos negros, de una barba espesa y cerrada que le bajaba hasta el pecho. Vestía un saco de sayal pardo oscuro, y en el lado derecho tenía un escudo con el nacimiento de Jesús pintado en miniatura: su pesado sayal estaba ceñido en la cintura con una cuerda. En el frontis de la pared estaban colgadas muchas disciplinas de cuerda y de cuero de diversas formas y tamaños; algunas con los ramales erizados y manchados de sangre. Como variante de estos adornos, había algunas palmetas gruesas y

delgadas, chicas y grandes, que alternaban en una espantosa simetría con las disciplinas.

Raro era el muchacho a quien no se le erizaban los pelos de la cabeza al mirar aquellos instrumentos de suplicio, cuyo horror se aumentaba con la negra barba del fraile y sus ojos severos e inflexibles. En los laterales y centro del salón había unas bancas con unas mesitas donde estaban más bien doblados que no inclinados los muchachos, procurando con todas sus potencias copiar los primores caligráficos de las muestras y trasladar íntegras, sin la menor falta ni equivocación, las sentencias terribles que contenían:

El rigor es el manjar con que se debe alimentar a la juventud.

Los maestros son tan respetables en la tierra, como el mismo Dios.

La sabiduría no se adquiere sino a fuerza de castigos.

El niño que desobedece a su maestro, se hace reo de las penas del infierno.

La pereza es un vicio que no se destierra sino con los azotes.

Los azotes, aunque lastiman un poco el cuerpo, dan salud al alma.

Seguían otras sentencias tan claras y consoladoras como las que acabamos de citar, y los pobres muchachos, al mismo tiempo que copiaban estas frases horribles, alzaban la vista y veían las disciplinas moverse, temblar y venir, aun sin la mano del fraile, a herir sus cuerpos con sus duros y encarrujados ramales.

Luego que Vengurren entró por la puerta de la escuela, tomó a Fulgencio de una oreja y lo condujo hasta la mesa del padre betlemita.

Los muchachos, sin levantar la cabeza, miraron a hurtadillas a la nueva víctima.

—Buenos días, mi padre fray Rodrigo —dijo Vengurren.

—Buenos y santos días, mi amigo Vengurren —contestó el padre, levantándose de su asiento.

Este era fray Rodrigo de la Cruz, encargado en esa época de la dirección de los niños y hombre de una virtud sólida y de una mansedumbre y bondad a toda prueba. Como Vengurren era uno de esos españoles que tenían la mano franca para hacer caridades y donativos de consideración a las comunidades religiosas, no había fraile que lo dejase de tratar con todas las muestras de la mayor benevolencia.

—Aquí traigo a la santa dirección de su paternidad un muchacho que quiero mucho, y que deseo se le dé educación.

Al decir esto, Vengurren apretaba la oreja de Fulgencio y éste bailaba en un pie, sin atreverse a decir una palabra, aterrado con el aspecto del fraile.

—Aquí, amigo Vengurren —prosiguió fray Rodrigo, arrimando un taburete para que se sentase— se les enseña a los niños la doctrina cristiana, la lectura, las cuatro reglas y una buena forma de letra; además, se les trata con toda suavidad, pues yo más bien quiero ser su padre que su maestro.

—Bien, bien; ya lo sé padre Rodrigo; y por eso he traído a este tunante aquí.

—Verá usted los adelantos de los discípulos. Ortuño lo. —gritó el fraile con una voz hueca y que parecía el eco de una tempestad lejana.

Ortuño lo., que era un muchacho flaco, de ojos hundidos, al oír su nombre, que salía de entre el espeso bigote y barba de su maestro, se levantó de la banquilla como si lo hubiesen tocado con una máquina galvánica.

—La plana —continuó el maestro.

—No la he acabado, señor —respondió Ortuño con una voz temblorosa.

—La plana he dicho —repuso fray Rodrigo.

Ortuño, al tomar la plana, echó tres borrones en ella; los brazos se le cayeron descoyuntados y se puso pálido, como si acabase de cometer un asesinato.

—La plana —repitió el fraile con voz más fuerte.

Ortuño 1o., como si pisara abrojos, se dirigió a la mesa del maestro y le presentó la plana.

—Amigo Vengurren, este muchacho no lleva más que dos años de escritura y vea usted ya qué carácter de letra tan magnífico.

Vengurren, en efecto, sentado ya en el taburete y habiendo dejado la oreja de Fulgencio, que quedó roja como un tomate, caló sus antiparras y examinó la plana que estaba a medio acabar. Era una gallarda letra de palomares, con sus cortes dados con maestría, con sus letras mayúsculas de un mismo tamaño, sin una equivocación ni falta de ortografía. Satisfecho el gallego, devolvió al padre la plana.

—Bien, bien, padre Rodrigo: de esta letra quiero que se le enseñe a Fulgencio.

Ya se retiraba Ortuño 1o. tranquilo a su banquilla, cuando le ocurrió examinar de nuevo la plana, y observó los tres borrones, que eran pequeños como las suciedades de una araña.

—¿Qué es esto? —preguntó al muchacho fijamente y señalándole los tres borroncitos.

Ortuño 1o., apenas podía respirar y temblaba de pies a cabeza. En el salón había un silencio tan profundo, que podía escucharse el aleteo de una mosca.

—¿Qué es esto? —volvió a repetir el padre, dando a Ortuño un tirón de los cabellos.

—La, la... la pluma... el tin tin, tintero, la ma, mano señor, yo...

—Yo te daré tintero y mano —dijo el padre descolgando una palmeta.

—¿Cuántos borrones son?

—Tres —contestó el muchacho— pe, pero...

—Tiende la mano —rugió el fraile.

Ortuño presentó la palma de una mano larga y descarnada, y el fraile levantó el instrumento escolar tanto como se lo permitía su brazo y descargó un palmetazo. Ortuño dio un salto de dolor, y volvió a presentar la mano.

No se hizo esperar el segundo golpe, y al tercero Ortuño lanzó un grito de dolor, que pareció tranquilizar el alma caritativa de fray Rodrigo.

Ortuño se retiró a su asiento, limpiándose los ojos con la manga de la chaqueta.

—Calixto 2o. —gritó el padre.

Calixto se levantó inmediatamente.

—Vamos a ver cómo estamos de doctrina: ¿quién es Dios?

—La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo —contestó Calixto 2o., con las quijadas caídas de miedo.

—No hay que tener miedo, que yo no trato mal a nadie, y más bien los quiero y los enseño como si fueran mis hijos. . . Vamos, ¿cuántos dioses hay?

—Siete, el primero. . .

—¡Blasfemo! —gritó el padre—. Seis azotes por blasfemo.

Una nube oscureció la vista de Calixto 2o., y se dejó caer en el banquillo.

Dos muchachos de más edad se apoderaron de él; en un momento le bajaron los calzones, y uno de ellos lo cargó en las espaldas mientras fray Rodrigo escogía de entre su colección de disciplinas la más dura y la de mayor número de ramales.

Calixto 2o., más muerto que vivo, no oponía resistencia alguna; pero al primer azote que le descargó el reverendo, comenzó a dar sin interrupción dolorosos gritos. Al sexto azote escurrían ya por sus muslos algunas gotas de sangre. Acabada la ejecución y sofocado el llanto de la criatura con las miradas cortantes y significativas del maestro, tocó su vez a otro desgraciado muchacho.

—Abraham 3o., ven acá, y dime algo de aritmética.

Abraham 3o. se acercó con la convicción de que su suerte no sería mejor que la de sus compañeros.

—¿Cuatro y ocho? —preguntó el padre.

—Doce —respondió en voz baja.

—Recio, recio —dijo el padre tirándole de los cabellos—, quiero que te oiga el señor. ¿Quince y quince?

—Treinta.

—¿Tres por ocho?

—Veinticuatro.

—¿Nueve veces nueve?

—Ochenta y cuatro.

—¡Caballo! Ochenta y uno —dijo el padre dándole un fuerte coscorrón—. Dos horas hincado de rodillas y lección doble por desaplicado.

Abraham 3o., aturdido del coscorrón, fue a ponerse de rodillas en medio de la sala.

—Va usted a ver a mi predilecto, señor Vengurren —continuó el fraile, haciendo seña a un muchachito como de ocho años.

—Epifanio, di la doctrina sin miedo, ya sabes que te quiero y que sé que no eres flojo ni desaplicado.

Epifanio bajó los ojos, cruzó los brazos y comenzó a recitar de un hilo y como un perico todo el catecismo, sin turbarse ni un punto.

—Bien, bien, padre Rodrigo —dijo Vengurren—, así quiero que aprenda la doctrina Fulgencio. Toma, niño, toma —continuó el gallego sacando una peseta, y dándose-la a Epifanio, el cual no sabía si rehusarla o tomarla.

—Dale las gracias al señor —dijo el padre tirando de una oreja a su favorito.

—¡Ay! —gritó el muchacho.

—¡Silencio y a su asiento! Y como no es bueno que tengan dinero, te guardo la peseta para de aquí a dos años que sepas escribir.

El predilecto del padre Rodrigo se retiró con la oreja encarnada y con las manos vacías.

—Ya ve usted, señor Vengurren, cómo me manejo con estas criaturas. Creo que ni ellos ni sus padres tendrán de qué quejarse.

—Ni por pienso, ni por pienso, padre Rodrigo.

—Todos están muy contentos en la escuela; y si no, va usted a ver; ellos mismos lo van a decir.

—¿Quién no está contento en la escuela?

—Ninguno, ninguno —contestaron en coro.

—¿A quién quieren más después de su padre y madre?

—A nuestro maestro —volvieron a repetir en coro.

—Ya ve usted: me aman y me respetan; y si los castigo una que otra vez, es porque ya sabe usted que “la letra, con sangre entra”.

—Bien, bien, mi padre Rodrigo —dijo Vengurren—, ¿en cuánto tiempo puede usted enseñar a escribir a este mancebo?

—Como tiene buenas espaldas y buenas posaderas en que resistir los azotes, creo que podré enseñarlo en tres años.

—¡Oh, sí; muy bueno, muy bueno, padre Rodrigo! Puede usted fajarle duro, sin temor de que la cuarta tropiece con un hueso; pero supuesto que el mancebo tiene buenas posaderas, ¿no podría mi padre Rodrigo, enseñarle en año y medio?

—¿Cómo? —preguntó el padre Rodrigo.

—¡Toma! Azotándole dos veces al día, en lugar de una.

—¿Sabe usted, amigo Vengurren, que es buena idea? No había ensayado ese método. Pero experimentaremos con Fulgencio y con todos los muchachos que sus padres quieran que aprendan en menos tiempo.

—Entonces, estamos arreglados: dos *pelas* diarias, y en año y medio el muchacho sabrá leer, escribir y contar, y se volverá a la tienda; en fin, será hombre, y a eso lo mandaron sus padres a la América.

—Ni más ni menos, en año y medio tendrá usted un hombre cristiano —contestó el padre— que sabrá ganar el pan.

—Pues entonces, se lo dejo de una vez, mi padre Rodrigo —respondió el gallego levantándose del escabel en que estaba sentado, y tomando de nuevo a Fulgencio de una oreja.

—Será mejor que me lo traiga usted pasado mañana, que hay ahorcado —replicó el padre Rodrigo.

—¿Y qué tiene que ver el ahorcado con Fulgencio?

—Tiene que ver con Fulgencio y con todos los discípulos; porque siempre que la justicia de nuestro rey y

señor cae sobre un malvado, aprovecho la ocasión para hacer a todos mis discípulos una corrección paternal, que no debe desperdiciar Fulgencio el día memorable de su entrada en la escuela.

—Eso es otra cosa, padre Rodrigo; yo sé de vender los trebejos de la tienda; pero no me puedo comparar con la sabiduría de sus paternidades. Fulgencio vendrá pasado mañana muy temprano, antes de que el ahorcado se marche al otro mundo. Conque hasta más ver, mi padre Rodrigo, y lo que se ofrezca, en la tienda de Vengurreñ, que hay confianza y lo dice de corazón un gallego, que nunca miente.

Vengurreñ estrechó la mano del betlemita, la llevó a sus labios, y le tronó un beso; y tomando de la oreja a Fulgencio, salió de la escuela.

El día fijado, muy de mañana se presentó de nuevo Vengurreñ con su víctima, la que esforzó cuanto pudo su ingenio para evitar la suerte que le aguardaba; pero no hubo medio. Vengurreñ le puso a escoger entre los betlemitas o Manila, y Fulgencio se decidió a recibir los azotes y aprender a escribir lo más pronto posible, con la halagüeña esperanza de heredar a su rico protector.

Después de los saludos y cumplimientos de costumbre, Vengurreñ se retiró, y el temible y virtuoso fray Rodrigo de la Cruz quedó dueño y señor absoluto de las posaderas de aquellos desgraciados muchachos.

Reinaba en la escuela un silencio profundo: los muchachos no podían leer, ni escribir, ni pensar en otra cosa más que en el lance amargo que se les preparaba con motivo del ahorcado.

El padre Rodrigo se paseó como un cuarto de hora con la vista baja y la mano en la barba, después se fue al frontis de la pared, tosió, echó una mirada siniestra a los discípulos, que apenas se atrevían a respirar, y comenzó a reconocer con una especie de placer las disciplinas que estaban colgadas en la pared. Acabado esto, se volvió a los muchachos:

—¡Alabado sea el dulce nombre de nuestro Salvador!

Los muchachos repitieron en coro:

—Que nació en Belén, debajo de un portal, pobre, desnudo y sin más calor que el aliento de un buey y de una mula que se acercaron a su sagrada cuna.

Como el trozo era largo, los muchachos no pudieron repetirlo íntegramente, e hicieron una vocería confusa en la que sobresalía la voz de Fulgencio con su acento andaluz. Así que se serenó esta especie de tempestad, el padre continuó.

—Van dentro de pocas horas a ajusticiar a Pedro Caralampio. Este hijo desnaturalizado jamás quiso obedecer a sus padres, ni recibir la enseñanza de sus maestros. Este impío, dejado de la mano de Dios, robó primero un par de pollos, ¿lo entendéis? Después, las planchas de una lavandera; y así, de crimen en crimen, su empedernido corazón lo condujo hasta el grado de atacar en la calle de don Juan Manuel a un ilustre hidalgo español, quitándole no sólo el reloj, sino también la espada que llevaba. Por tan atroz delito fue buscado por la justicia, la cual, para escarmiento de los plebeyos y para evitar que en lo sucesivo los hidalgos sean privados de la espada que llevan en el cinto para su defensa, ha mandado que sea montado en un burro, reciba veinticinco azotes al llegar a cada una de las cuatro esquinas del palacio, y después sea ahorcado por mano del verdugo; ¿lo entendéis?

El padre, después de esta narración, continuó ya en un tono más elevado:

—Vosotros todos sois unas fieras; vosotros no escucháis los consejos paternos de mi boca; vosotros venís a perder el tiempo en conversaciones ociosas y en bagatelas, en vez de aprovecharlo en rezar la doctrina y en escribir; vosotros, en fin, empedernidos, endurecidos en el pecado, vais corriendo a vuestra ruina y a vuestra perdición. No fue otra la conducta de ese diabólico Pedro Caralampio, y vosotros, repito, que parece que seguís sus pasos y que bebéis sus alientos, pararáis en las manos del verdugo y seréis ahorcados.

Los muchachos abrían tamaños ojos y escuchaban con

la boca abierta el terrible sermón del fraile. Este dulcificando la voz y blandiendo una disciplina que había tomado en su mano, continuó:

—No, hijos míos; Dios no permitirá que tengáis ese paradero, porque os ha dado un maestro que vela por la pureza de vuestra vida. El árbol desde tierno se endereza, y todos vosotros sois árboles torcidos, que yo me encargo de enderezar; sois lámparas apagadas que yo tengo obligación de encender para la vida eterna; sois la cizaña revuelta con el trigo, como dice el Evangelio, que yo me encargo de separar. Es preciso que este día quede grabado eternamente en vuestra memoria; es preciso que recordéis durante el curso de vuestra vida que, cuando hay en la ciudad ahorcado, dentro de la escuela hay también castigo; que la justicia del maestro, más clemente que la del rey, sólo os da un aviso paternal para corregir la depravación de vuestras costumbres, vuestras malas inclinaciones.

Las pobres criaturas, aterradas, y que no podían comprender, en su edad, que fuesen dignos de castigo sólo porque el rey mandaba ahorcar a uno de tantos ladronzuelos, cayeron de rodillas llorando, pidiéndole al reverendo perdón de los crímenes que no habían cometido y prometiendo enmienda de faltas y delitos que, en su edad y en su inocencia, ignoraban todavía. El maestro fue inflexible; llamó con un acento decisivo a cuatro de los muchachos más grandes y más fuertes, y comenzó la operación de azotar a todos los discípulos. A los más chicos, aplicaba seis, a los de mayor edad, doce; y si la víctima pataleaba, se resistía o mordía a los que la cargaban, la dosis subía a veinticinco: las disciplinas estaban ardientes y sangrientas; los lloros y lamentos llenaban la sala y aun se oían en las calles. Ninguno de los muchachos tenía el pulso firme ni para hacer la plana, y muchos no podían sentarse, porque las banquillas les parecían de abrojos.

Todo el día se empleó en la vapulación, y el padre Rodrigo no recobró la calma y la tranquilidad, sino cuando ya no había muchacho a quien azotar y vinieron a avisarle

que el mentecato de Juan Caralampio estaba ya colgado de una cuerda y dando vueltas en el aire. Era la costumbre que por mucho tiempo se observó en las escuelas de los betlemitas, y todo el mundo lo sabía: día de ahorcado, *pela* general.

En cuanto a Fulgencio, como era fuerte y todo el día estuvo, ya cargando a sus condiscípulos, ya azotándolos en los intervalos en que el padre Rodrigo tomaba su polvo, salió bien librado con unos cuantos cuerazos que, por no faltar a la fórmula, le aplicó el padre Rodrigo sobre su burda chaqueta de paño.

CAPÍTULO VII

De los adelantos rápidos de Fulgencio, de su viaje al interior, de la muerte del hermano Vengurren de Manila, el sermón de horas, y de otras cosas curiosas que sabrá el lector, si tiene la paciencia de leer este capítulo

No hubo, pues, remedio: Fulgencio quedó instalado en la escuela del reverendo fray Rodrigo de la Cruz, y allí tuvo que comenzar por los palotes. ¡Qué palotes! Era un positivo escándalo, una profanación: salían siempre de la pauta y aparecían tirados en todos sentidos, como si estuviesen padeciendo convulsiones: literalmente eran unos palotes epilépticos. Lleno el padre de unción y de caridad, y deseoso, por otra parte, de cumplir la palabra que había empeñado al amigo Vengurren, menudeaba los castigos a Fulgencio; pero para variar en algo la monotonía, unas veces eran palmetazos; otras golpes sobre la chaqueta y pantalón; otras, reglazos repetidos sobre las uñas; otras, tirones de cabellos; ¡así lo hacía el padre con sus discípulos más predilectos! Los sábados, como era día de doctrina, nadie se escapaba de la golpiza a calzón quitado. Fulgencio todo lo sufría con paciencia, y se consolaba en la noche, de los castigos del día, con ver el oro y la plata que refundía Vengurren; oro y plata que él consideraba ya como de su propiedad. ¡Qué paciencia y qué constancia tan ejemplar la de los españoles del otro tiempo!

Antes de dos años Fulgencio sabía sumar, restar, multiplicar y partir: el catecismo *de cuerito a cuerito*, y tenía una clara y arrogante letra. Vengurren, que día por día concebía por el muchacho mayor afección, le señaló veinte pesos de sueldo al mes, sin más obligación que barrer la tienda, estar todo el día de pie detrás del mostrador, llevar los apuntes del libro y escribir, bajo el dictado del amo, las cartas que se ofrecían para Manila, Cádiz, San Luis Poto-

sí y las Colonias, donde tenía el viejo sus relaciones mercantiles.

A los tres años de tener veinte pesos y dormir siempre debajo del mostrador, Fulgencio había adquirido un conocimiento completo de los asuntos de la casa y cortándole el ombligo, como suele decirse, al amo.

—Oye, tunante —le dijo un día Vengurren.

—Como siempre, señor Vengurren, su esclavo y su siervo. ¿En qué puedo servirle? —contestó García.

—No se te acaba de quitar lo vanidoso, ni lo hablador, ni lo andaluz; pero sin embargo, eres buen muchacho en el fondo.

—Mil gracias, señor amo; gracias.

—Romero —prosiguió Vengurren— ha trabajado ya mucho, está viejo, y es ya tiempo de que gire por sí solo y sea el amo de su casa. Se va a San Luis, a poner su tienda, y tú te quedarás en su lugar: casa, comida y ochenta pesos al mes. ¿Te acomoda?

—De valde, con tal de no salir jamás del lado de usted. Siempre recuerdo que me puso bajo la dirección de ese buen fraile, y a él y a usted después de Dios, debo el ser hombre. Todito se lo escribí yo a mi señor padre, mandándole, como usted sabe, algunos cuartos.

—Bien, bien, Fulgencio. Esta noche dormirás ya como un patriarca sobre el mostrador, en lugar de dormir debajo. En cuanto a los ochenta pesos, los dejarás en la casa, y de aquí a veinte años, si te portas bien, tendrás, como Romero, un capitalito con que manejarte por ti solo: ¿lo entiendes?

—Naíta hay que decir, señor Vengurren: estamos arreglaos.

Romero, efectivamente, desde ese mismo día sacó debajo del brazo su equipaje, compró una capa, la primera que se ponía en su vida, y, provisto de treinta sacos llenos de plata y de las mejores cartas de recomendación, se marchó a San Luis, en donde estableció una tienda con el rótulo de “Romero y Aguirrevengurren”, su antiguo amo ponía en la sociedad otros treinta sacos, con la condición

de que ninguno de los socios se había de casar, ¡y a fe que eran ya viejos para el lance! y que se habían de dejar mutuamente de herederos.

En cuanto a Fulgencio, quedó ya con el título de cajero mayor, y otro polizón vino a su vez a sustituirlo en el barrido de la calle y en los mandados. El traje del nuevo cajero no varió; parecía que, aunque más rejuvenecida, Romero había dejado su efigie en la tienda.

Tenemos que pasar un lapso de algunos años, durante los cuales la vida del amo y del criado corría con la misma monótona lentitud. La misma comida, los mismos pozuelos de chocolate, la misma distribución, sin faltar una sola vez a las devociones y a los paseos alrededor de la catedral; sólo los toneles de vino de la Rioja se vaciaban a medida que las cajas de cedro rebosaban de dinero. Fulgencio, un poco descorazonado al observar la salud robusta de Vengurren, que no llevaba trazas de quererle morir, y mirando muy lejana la perspectiva de su independencia mercantil, se aventuró una noche a proponer a su amo el que lo habilitase para hacer una compra en el puerto de Veracruz y caminar en seguida a Guanajuato, a Zacatecas y a Chihuahua, con la pacotilla, hasta realizarla. Este era el modo como se hacía años atrás el comercio en el interior y como también hacían grandes fortunas los que se dedicaban a este tráfico.

—¡Demonio! —dijo Vengurren en cuanto oyó la pretensión del andaluz—. ¿Tan pronto te quieres emancipar?

—¡Ni lo permita Dios! Sólo quiero trabajar unos cuantos meses y que mi amo me dé la mano con generosidad.

—¡Bien, bien! ¿Cuánto necesitas?

—Lo que mi amo quiera prestarme.

—Bien; escribe una carta para Olavarrieta, de Veracruz, que te dé cincuenta o sesenta mil pesos. Tienes seis meses de licencia; pero si vuelves a los seis meses y un día, no te recibiré más en la casa.

Con estas palabras quedó concluido el avío, y Fulgencio, en el mes de diciembre, marchó a Veracruz, hizo su compra, se dirigió al interior, recorrió las provincias de la

Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya, y antes de los seis meses ya estaba de regreso en el cajón de ropa de "Aguirrevenguren Hnos.", habiendo realizado el capital y un beneficio de más de quince mil pesos, lo cual añadió a lo que tenía ahorrado, y que formaba una suma muy bonita para girar con entera independencia. Pero no quitaba la vista de las cajas de cedro, y se proponía a toda costa heredar al amo; era una apuesta con la muerte que el andaluz tenía probabilidad de ganar, fiado en su constitución robusta y en su juventud.

Además, Fulgencio estaba enamorado. En una de sus excursiones había permanecido cosa de dos semanas en una hacienda del interior, que era propiedad de un judío portugués. Este judío, esperando todavía como muchos otros, la venida del Mesías, no se había descuidado en hacer su negocio lejos de la Inquisición y de la corte virreinal, en donde tal vez podía ser conocido. Viudo de una gaditana, le había quedado una hija preciosa, que él, en secreto, llamaba Esther; pero que en la vecindad de la hacienda era conocida por doña Ana de Gibraltar. Retirada la pobre Esther en la soledad de una hacienda, su corazón se inflamó con ese fuego que la naturaleza enciende en el corazón de las mujeres cuando llegan a los 16 años de edad, luego que vio al mancebo, de no mala figura, con la salud de un roble, con una elevada alcurnia y una fortuna independiente. Este, por su parte, se informó por cuanta minuciosidad le fue posible, no de las cualidades buenas o malas de Esther, sino de la cantidad de pesos que podría tener el padre, y satisfecho de sus indagaciones, continuó como cosa muy secundaria examinando los ojillos negros y brillantes de la novia, su boca purpurina y la frescura de la virginidad esparcida en toda su graciosa fisonomía. Fulgencio pensó que la novia le convenía, y decidió casarse. Mientras que el judío leía, allá en el secreto de su recámara, los salmos en hebreo, el par de enamorados deletreaba en buen castellano los coloquios amorosos, de los que resultó decidido el casamiento; pero un casamiento no era cosa fácil en los tiempos de que vamos

hablando. Vengurren se hubiera escandalizado de que a un dependiente que apenas llevaba unos cuantos años de estar de pie detrás del mostrador se le ocurriese, ni por mal pensamiento, tomar estado; y el judío, por su parte, habría desheredado a su hija; por lo que quedó convenido que el uno aguardaría la muerte de su amo, y la otra a que falleciese su padre. ¡Así se fundan la mayor parte de las esperanzas humanas! Se necesita a veces la miseria, el sufrimiento y la destrucción de unos seres, para el placer, la alegría y el bienestar de otros.

Fulgencio, pues, rico de amor, de esperanzas, y más que todo de dinero, como hemos dicho, volvió a la acreditada tienda del Parián, resuelto a ejercitar de nuevo la paciencia, y observar si pasaba por entre alguna de las arrugas de la fisonomía del buen gallego el dedo de la muerte. ¡Haga usted beneficios y espere la gratitud!

Un día, el menos pensado quizá, se recibió en México la correspondencia de la nao de China, que llegaba periódicamente al puerto de Acapulco, y con ella una agradable noticia para Fulgencio: la de la muerte de José Pascasio Aguirrevengurren, de Manila, el cual dejaba heredero a su hermano Pascasio José, de México, de una fortunilla de seiscientos mil pesos. Poco faltó para que Fulgencio saltara de gusto; pero lo contuvo la fisonomía compungida del gallego que, al acabar de leer la carta, se quitó los anteojos, se limpió las lágrimas que habían asomado a sus párpados, y exclamó:

—¡Demonio, qué noticia! Parece que José Pascasio estaba rico. ¡Dios lo haya perdonado; era un buen hombre!

Las puertas de la tienda estuvieron entrecerradas durante nueve días, y Pascasio José cabizbajo y tristón con la muerte de José Pascasio; pero concluidos los nueve días, salió del Parián y se fue a casa de sus paisanos para arreglar la manera de liquidar las cuentas del difunto de Manila y recoger sus tecolines.

Además, dispuso que se dotaran cinco niñas huérfanas, con 300 pesos cada una; reservó fondos para dotes de una docena de monjas; destinó 40 000 pesos para capella-

nías, con la obligación, de que diariamente dijeran los capellanes una misa por el alma de José Pascasio.

En el curso del tiempo, lo más probable es que las huérfanas no se casaran; que las monjas se olvidaran en sus oraciones del bienhechor difunto; que las capellanías fueran a dar al bolsillo de nobles estudiantes, que en todo pensaron menos en las penas que sufría en el purgatorio el comerciante de Cavite, y que todo, en fin, viniera con el tiempo a hundirse en la vorágine de la desamortización; mas sea de esto lo que fuere, el caso es que el hermano cumplió como se cumplía en aquel tiempo, en que a fuerza de dinero se trataba de ensalzar las virtudes, o de disminuir las culpas de los que se veían forzados por la muerte a hacer el largo y peligroso viaje al mundo de la eternidad y de los misterios.

Vengurren no quedó satisfecho, sino que quiso que se hiciesen unas honras solemnes, y como el padre fray Rodrigo, el mismo que tan maravillosamente había enseñado a leer y escribir al noble andaluz, pasaba por un hombre elocuente, se dirigió a él para encargarle el sermón.

—Mi padre fray Rodrigo —le dijo besándole la mano como de costumbre— el hermano de Cavite ha muerto; y como era rico, es necesario hacerle unas buenas honras y predicar un sermón donde se digan todas las virtudes de ese buen hombre.

El padre fray Rodrigo que, como siempre, tenía una disciplina en la mano, y ejercía sin interrupción su paternal justicia con los nuevos discípulos que a cientos entraban en la escuela, se levantó e hizo mayores cumplidos que de costumbre al rico mercader, y quedó convenido que las honras serían muy solemnes en la iglesia de los betlemitas.

El día señalado fueron entrando las comunidades religiosas: cuarenta dominicos, sesenta franciscanos, veinte juanitos, diez camilos, treinta carmelitas, otros tantos agustinos; después, todo el comercio del Parián, de gran etiqueta, es decir, de chaqueta unos, de capa otros, y los que eran ya millonarios, de grandes casacones negros y camisas muy almidonadas, de estopilla. No faltaron algu-

nos doctores de la Universidad y uno que otro letrado de Castilla, cuya majestad se dignó honrar los funerales de un rico mercader. Vengurren era querido y estaba bien relacionado en la ciudad, así es que ninguno rehusó su convite.

Después de la vigilia, y como de costumbre, antes del Evangelio subió el padre fray Rodrigo a la cátedra del Espíritu Santo. Y comenzó el sermón:

“Amados oyentes míos. . .

»*Omnis enim homo, qui comedit et bibit bonum de labore suo hoc donum Dei est.*

»Porque todo hombre que come y bebe y ve el bien de su trabajo: este es don de Dios. Palabras tomadas del Eclesiastés, capítulo 3o. versículo 13.

»Sí, católicos: de uno de los Libros Sagrados he tomado el resumen de la vida del hombre más justificado que hoy lloramos. Comió y bebió de su trabajo. *Omnis enim homo*, etcétera.

»Aunque de una ilustre alcurnia, pues era descendiente en línea recta de los condes de Barcelona, desde su temprana edad sus padres lo dedicaron en Galicia, su patria, a la honrosa profesión del comercio: su caridad y su estricta conciencia se manifestaron desde los primeros pasos de su vida: un día vendió a una beata unas cuantas varas de sayal y, habiendo recibido una moneda de oro en vez de la de plata, buscó a la compradora para advertirla la equivocación; y no habiéndola encontrado, resolvió dar la mitad del valor de la moneda a los pobres, y reservarse únicamente para sí la otra mitad. Este solo rasgo pinta la vida cristiana, y la conciencia estricta de nuestro malogrado Pascasio.”

El hermano Vengurren alzaba de cuando en cuando la cara para ver al predicador, pues no había llegado a su noticia que sus parientes habían sido los ya difuntos condes de Barcelona, ni mucho menos que su hermano hubiese vendido en Galicia pocas ni muchas varas de sayal a las beatas; sin embargo, como el padre Rodrigo lo decía, y no como quiera, sino en el púlpito, el hermano escuchaba con

mucha unción, y creía a pie juntillas todo lo que el religioso iba diciendo.

“Sí, católicos —continuó fray Rodrigo— sin que ofenda a la verdad, puedo asegurar que ese cadáver que veis encerrado en este catafalco mortuario, o mejor dicho, que reposa en la apartada tierra de las Filipinas, era un dechado de virtudes, humano, caritativo, obediente a su rey y amante a su familia. Era, como dice el Nacianceno, el modelo perfecto del hombre feliz.

»Sus amantes padres, que lo que deseaban era la felicidad de sus hijos, los enviaron a América, para que el virtuoso y elocuente canónigo que tenían por tío, les diera una educación cristiana propia de su noble cuna; pero como el comercio les llamaba la atención, siguieron en América y en Filipinas esta profesión, formando caudales cuantiosos que, más bien que de ellos, son de las huérfanas, de las monjas y de los religiosos a quienes socorren.

»Decretado estaba por el Altísimo que habían de comer y beber de su trabajo y que habían de recibir en sus riquezas el don de Dios. *Omnis enim Homo* etcétera.

»Al poco tiempo de haber llegado a esta noble e imperial ciudad de México, los dos hermanos tuvieron que seguir su destino y separarse, marchándose el virtuoso Pascasio José a Filipinas, quedándose solo y aislado en este valle de lágrimas, el hermano José Pascasio. ¡Oh momentos crueles de la separación! ¿Por qué no os abristeis, oh mares, como dice Tertuliano? ¿Por qué no os oscurecisteis, sol, como añade el sabio Orígenes? ¿Por qué, como exclamaba el profeta, no fueron sepultados juntos en los abismos del horrendo bátrato, los dos tiernos pimpollos, antes de consentir en una separación que fue eterna?”

Venguren, que no estaba muy conforme, a pesar de su fe, con la opinión que ningún profeta pudo dar respecto de los pimpollos gallegos, se movió un poco de su asiento, tosió, sacó un pañuelo paliacate, lo desdobló con cuidado y se limpió las rojas narices y las gotas de sudor que, con el calor de los cirios y la mucha concurrencia, brotaban de su frente.

El padre Rodrigo tomó un trago de vino, tosió a su vez, se limpió el sudor (todas las comunidades hicieron lo mismo); y restablecido el silencio, que sólo interrumpía el chisporroteo de los cirios de la tumba, el panegírico del difunto gallego siguió su curso.

“Nuestro difunto se encaminó a Acapulco (sería un verdadero milagro que un difunto se encaminara a Acapulco; pero como fray Rodrigo lo decía, todos los oyentes lo creyeron) nuestro difunto, repito, se encaminó al puerto de Acapulco y, después de mil trabajos y padecimientos, hubo de embarcarse en la nao. ¡Qué tormentas en la mar! ¡Qué rayos! ¡Qué centellas! El firmamento estaba conmovido, como decía Isaías, y nuestro difunto, sereno y firme, sin pensar siquiera salir de la combatida nave hasta que llegase al puerto de Cavite. Llegó por fin, por intercesión del santo apóstol patrono de Galicia y enemigo encarnizado de los pueblos idólatras de América, y llegó conduciendo a nuestro difunto Pascasio José, el cual, apenas se repuso de las fatigas de su viaje, cuando, cumpliendo con la misión que el Señor le había impuesto en la Tierra, entró a servir en una tienda de comercio de las más acreditadas de aquellas tierras: su admirable constancia, su incansable paciencia, su mansedumbre en sufrir las muchas impertinencias de sus amos, le granjearon el afecto de éstos, porque era, como dice el Gregoriano, el varón justo.

»¿Para qué he de cansaros con una narración minuciosa de sus virtudes? Basta deciros que, al vender el terciopelo morado, recordaba a Jesucristo en la cárcel; al doblar el damasco carmesí, hacía conmemoración de los azotes; y al medir la sempiterna negra, no podía menos sino enternecerse con los dolores que sufrió al pie de la cruz nuestra Madre Santísima. ¡Qué piedad, qué unción, qué ejemplo tan saludable para todo el comercio, que en cada uno de los lienzos despreciables que vende para satisfacer los caprichos del lujo de los grandes de la tierra, tiene un motivo para recordar los misterios de nuestra santa religión! Os digo como el gran padre San Agustín: ‘imitad las virtudes del varón justo, y no caigáis en la tentación’.

»Los últimos años de la vida del difunto presentan el ejemplo de la tranquilidad más perfecta: dedicado a aumentar su caudal por medio del trabajo, jamás se le vio ese lujo y ese fausto que con mucha razón han condenado en América, en algunas épocas, las severas reales órdenes de S. M. Una modesta chaqueta; un pantalón que no se mudaba sino cada seis meses; un calzado el más común y el más barato; una camisa de tela gruesa, este era todo el equipaje de uno de los más opulentos mercaderes de Manila, que tenía en su tienda las más ricas telas del oriente, del occidente, del septentrión y hasta del Polo Ártico. Imitad, católicos, su ejemplo, como manda el precepto de nuestro gran padre San Agustín.

»Pocos días antes de su muerte tuvo un sueño misterioso. Soñó que, mecido en una cuna de rosas, era llevado por los ángeles a un jardín muy ameno, donde se encontró con una orquesta completa de serafines que acompañaban unos melodiosos y dulcísimos cantos a otro coro de arcángeles. Cuando despertó, al día siguiente, había esparcidas por su cuarto multitud de flores que exhalaban un aroma delicioso. Desde ese momento se preparó a la muerte, aprovechándose de este aviso del cielo. En efecto, a los pocos días falleció de una enfermedad desconocida que lo privó del uso del habla; y fue tan resignado y tan cristiano en su último fin, que no quiso ya hablar ni una palabra. Puedo aseguraros, hermanos y oyentes míos, que murió en olor de santidad.

»¡Pascasio ha muerto! —prosiguió el padre levantando la voz—, pero nosotros vivimos para llorarlo. Me había equivocado: Pascasio no ha muerto, porque vive en el corazón de todos nosotros y en el caudal que ha dejado para la religión y para los pobres; pero sí, ¡ah!, ¡oh dolor!, ¡oh agonía!, ¡oh tormento cruel! Pascasio ha muerto y no podemos dudarle, puesto que tenemos delante de los ojos esta fúnebre tumba. Lloremos, sí, lloremos al comerciante honrado, al hermano tierno, al hombre casto y económico, al varón justo, como decía nuestro gran padre San Bernardo. Derramemos, católicos, abundantes y copiosas lágrimas

sobre este catafalco mortuario; vistamos de luto nuestra alma, como decía el profeta Ezequiel, por la pérdida que ha tenido la corona de un súbdito tan fiel, y nosotros de un amigo tan sincero.”

Las comunidades religiosas tuvieron que sacar sus pañuelos y limpiarse las lágrimas: la elocuente deprecación del predicador había producido su efecto, y, además, era preciso llorar por un difunto al que, aunque nadie lo conocía en México, había dejado un grueso capital. Vengurren, que al fin era su hermano, se enterneció, sus narices se encendieron un poco más y dos lágrimas silenciosas fueron escalonándose y deteniéndose en las arrugas de su cara. Cuando terminó la fúnebre ceremonia, acompañado de Fulgencio despidieron a las comunidades y asistentes y se dirigieron a la sacristía, con un ramo de flores de papel muy mal hechas; pero que tenía una docena de onzas de oro muy bien acuñadas, y se lo presentaron al reverendo.

—Bien, bien, mi padre Rodrigo —le dijo Vengurren—. Nadie sabía, ni yo, lo que su paternidad predicó del hermano; nunca me ha escrito eso. Era buen hombre. Gracias, gracias, padre Rodrigo.

El padre tomó el obsequio y no quiso entrar en materia, porque temió afligir más a Vengurren. Lo exhortó a la conformidad y a la resignación y le dio su bendición.

Amo y dependiente se fueron de nuevo a la tienda del Parián, y todo y todas las cosas volvieron a su curso ordinario. Sólo en el libro encarnado del mercader había una alteración pequeña. Habiendo entrado 600 000 pesos más, había sido necesario llenar otras dos cajas de cedro, y apilar en un rincón las talegas sobrantes.

CAPÍTULO VIII

De los pesares que experimentó Vengurren, de su muerte y de cómo nombró a Fulgencio heredero de sus calzones de paño y de todo su dinero

A pesar del elogio que hizo en el púlpito el padre Rodrigo, y a pesar de las talegas de la herencia, Aguirrevengurren de México clavó el pico, como suele decirse. Desde que murió el Aguirrevengurren de Manila, no hablaba una palabra, dormía más de lo de ordinario y, lo que era peor síntoma, había suprimido el chocolate por la tarde, y en la comida, con trabajo podía acabarse medio pollo. Fulgencio veía la destrucción de este viejo edificio con una especie de complacencia mezclada de temor. ¿Lo dejaría o no de heredero? En último resultado, si no lo dejaba de heredero, nunca se olvidaría de él, y doscientas talegas que le tocaran, era algo para comenzar.

Otra noticia funesta acabó por entristecer al viejo mercader: Romero, el fiel Romero, a los setenta y cinco años, es decir, en la flor, en la fuerza de la edad, y cuando comenzaba a hacer su fortuna independiente, había fallecido de resultas de un constipado, de una caída de un caballo cojo que montaba, y de una fiebre que le sobrevino por cobrar una cuenta de tres reales tres cuartillas, que le había quedado debiendo un peón en una hacienda distante de la ciudad.

Según y como había pactado con su amo y socio, tenía hecho su testamento, y lo dejaba heredero de todas sus economías, con las cuales apenas había tenido valor de comprarse una capa, como hemos dicho; y con esto le parecía que había echado la casa por la ventana. El resultado de la muerte de Romero fue otra partida de 110 000 pesos en el libro de badana de Vengurren, y nuevos sacos de dinero arrumbado contra la pared de la trastienda. ¡Qué tiempos!

La tristeza de nuestro amigo el buen gallego no conocía límites. Se pasaba las mañanas en la iglesia y, cuando volvía a la tienda, no hablaba ni una palabra. Toda su sociedad la había reducido al padre Clavijero, que era su director espiritual y el hombre a quien tenía más respeto y más amor en el mundo.

Una noche volvió más temprano que de costumbre. Luego que Fulgencio lo vio, corrió alarmado a quitarle la capa de los hombros y a sostenerlo, porque vacilante y como si hubiese bebido una pipa de catalán, apenas podía pasar de los umbrales de la tienda.

—¿Qué es esto, señor Vengurren, qué ha sucedido? Traeré agua, vino, un médico. . . Por el amor de Dios, ¿qué ha sucedido, señor amo?

Vengurren se sentó en el sillón en que acostumbraba tomar su chocolate, bajó la cabeza y no habló una palabra en más de un cuarto de hora, hasta que repentinamente se levantó y, encendido en cólera, dio una puñada tremenda en el mostrador, que hizo temblar el almacén y retroceder a Fulgencio.

—¡El rey es un pícaro, Fulgencio! —gritó lleno de cólera—. Ha desterrado a los jesuitas y a ese padre Clavijero, que era el mejor mexicano de toda Nueva España.

—¡Señor amo!

—¡El rey es un pícaro! —volvió a gritar el viejo; y luego, como aterrorizado de la blasfemia que acababa de pronunciar, se quedó un rato con los ojos fijos y la boca entreabierta, se quitó el sombrero y volvió a caer en la silla diciendo entre dientes—: Es menester conformarse con la voluntad del rey. ¡Pobre Clavijero!

La conmoción de Vengurren fue tan grande, que al día siguiente no pudo levantarse de la cama, y continuó así malo, triste, y cayendo y levantando, como suele decirse, hasta que al fin de quince días, un golpe de sangre al cerebro lo privó del habla y del uso de sus miembros, y murió al día siguiente, con la gran felicidad de que los doctores de espadín y gualdrapa que había entonces, no lo quemaron con fierros ardiendo, ni le administraron bue-

nas dosis de *croton tiglium*, como lo habrían hecho hoy los de carretela y caballos ingleses.

Aquí las dudas, la apuración y la zozobra de Fulgencio, y mucho más cuando ocurrió inmediatamente el oidor don Celestino Conejo de la Conejera y, a título de amigo del difunto y de letrado profundo, se apoderó de todos los papeles y constituyó a Fulgencio depositario del dinero y efectos que había en la casa.

Un entierro y unos funerales magníficos en San Francisco, anunciaron a la afligida México la pérdida de uno de sus comerciantes más ricos; y otro panegírico del padre Rodrigo, que no copiamos por no fastidiar al lector, probó la nobleza y las virtudes del difunto, el cual fue sepultado en el costado izquierdo de la nave de la iglesia de los betlemitas, colocándose encima del sepulcro una estatua de piedra chiluca, hincada de rodillas en un cojín de ladrillo, que representaba la vera efigie del difunto.

Los nueve días parecieron eternos a Fulgencio, y casi no dormía dos horas escasas, devorando en su mollera los proyectos más descabellados. ¿Habría hecho o no testamento el difunto? Y, en caso de haberlo hecho, ¿quién sería el heredero? Si el duelo se hubiera prolongado una semana más, Fulgencio pierde el juicio. Expirado que hubo el plazo, fuese a la morada del oidor, con sus inventarios debajo del brazo, y ambos se dirigieron ante el alcalde de corte y, en presencia del escribano y testigos de asistencia, se quitaron las cintas y los plomos con que estaba atado y asegurado un bultito de papeles.

Fulgencio no respiraba; pero creyó caer desvanecido cuando, habiendo roto la cubierta el escribano, apareció a sus ojos un letrado escrito con letras gordas, aunque mal hechas, que decía:

MI TESTAMENTO

—Pascasio Aguirrevenguren era un santo —pensó Fulgencio— puesto que no ha cometido la horrible maldad de morir intestado.

Quedaba por resolver la segunda cuestión.

¿Quién era el heredero? El oidor Conejo de la Conejera daba por seguro que él sería el dueño de todos los patrones del difunto. Fulgencio dudaba, y una palidez mortal cubría su rostro. Se abrió el testamento, y se encontró que todo era de puño y letra de Vengurren. ¿Cuándo lo había hecho y dónde? Fulgencio lo ignoraba; pero suponía que en las escapadas que el amo se daba a visitar al padre Clavijero, había trabajado esta interesantísima obra. La lectura comenzó:

“En el nombre de Dios, etcétera.

»Soy cristiano viejo, y creó en todo lo que enseña nuestra fe católica, etcétera.

»Primero. Tengo un millón doscientos mil cincuenta pesos en oro y plata acuñada, y ochenta mil doscientos treinta y seis pesos y seis maravedís en géneros en la tienda. No deñó a nadie nada.”

Fulgencio saltó de la silla alborozado: el testamento era muy moderno, puesto que contenía exactamente las cifras del último balance que se había hecho, y que había variado bien poco en los tres días transcurridos.

El escribano, calándose bien los anteojos, continuó la lectura.

“Dejo para veinte mil misas por mi alma, veinte mil pesos.

»Dejo para limosnas a los pobres, diez mil pesos.

»Dejo para el colegio de Mondoñedo, veinte mil pesos.

»Dejo para un hospital en Filipinas, treinta mil pesos.

»Dejo para que las monjas capuchinas de México acaben su convento, quince mil pesos.

»Dejo para una función a Santiago, con misa cantada, seis mil pesos.

»Dejo para fundar cuatro capellanías, con obligación de que los capellanes digan los viernes de cada semana una misa por mi alma, doce mil pesos.

»Dejo para dotes de niñas que entren al convento que quieran, cuarenta mil pesos.

»Dejo al convento de Jesús María sesenta mil pesos, para que compre unas casas.

»Dejo para una función el día 19 de cada mes al señor San José, en el convento de Regina, ocho mil pesos.

»Dejo al mancebo que sirve en la tienda, cien pesos.»

—Ese es vuestra merced —dijo el oidor a Fulgencio.

—No hay tal cosa, señor oidor, el mancebo es Iturquieta, así se llama, y yo soy Fulgencio García. Adelante.

“Dejo cien pesos a María Jacinta, cien a Antonieta y otros cien a su marido.”

—Esos son los de Coyoacán —dijo Fulgencio.

—Adelante —exclamó el oidor, que ya rabiaba de impaciencia por oír lo que le dejaba su difunto amigo.

“Dejo al señor y mi amigo don Celestino Conejo de la Conejera, un libro viejo de las Cédulas del doctor Puga.

»Item, le dejo una espada de taza y cruz, de la fábrica de Toledo.

»Item, una docena de pañuelos paliacates. . .”

Fulgencio no pudo menos de taparse la boca para no soltar la carcajada y el oidor, que lo notó, se le quedó mirando con una expresión feroz.

El notario continuó:

“Dejo a Fulgencio mis calzones de paño viejos.”

El oidor Conejera se echó a reír en los bigotes del andaluz y, con un aire burlón, dijo:

—Prosiga usted, prosiga usted, señor escribano, que esto promete mucho para el amigo Fulgencio.

Fulgencio bajó los ojos y dejó caer los brazos; el escribano continuó:

“Item, en prueba de mi afecto, le dejo dos camisas usadas.

»Item, mis zapatos y mi capa.

»Item, dejo también a Fulgencio todo el resto de mi dinero, y todos los géneros de la tienda.”

Como si un golpe eléctrico hubiese herido a los competidores, ambos cayeron de la silla, el uno a causa del inmenso placer de considerarse millonario, y el otro de cólera de verse desheredado de lo que creía ya suyo.

El escribano se quitó los anteojos, pidió agua, les ayudó a reponerse en su asiento, y continuó la lectura

poco interesante. Como Napoleón, y como Hernán Cortés, el gallego seguía disponiendo en favor de diversas personas, de sus gregüescos, de sus chalecos, de sus sombreros viejos, y dejando legaditos a multitud de ancianos, de veinte a treinta pesos.

—¡Este testamento es nulo! —gritó el oidor, cuando se repuso de la sorpresa.

—Perfectamente legal, hecho en sana y cabal salud, en el pleno uso de todas las facultades mentales del difunto y autorizado no por uno, sino por dos escribanos a mayor abundamiento —contestó el escribano dando vuelta a las hojas, examinándolas y quitándose las gafas y limpiando alternativamente con las puntas de un pañuelo encarnado, ya los vidrios naturales que la edad había empañado en sus ojos, ya los artificiales que había oscurecido un poco el calor.

—¿Conque no hay remedio? —volvió a preguntar Co-nejera.

—Ninguno, más que recibir —dijo el escribano— las reliquias que os ha dejado el difunto.

—¡Bien lo había yo pensado! Ese hombre era un ingrato, un estúpido, un falso amigo sobre todo; porque mil veces me aseguró que, si él moría antes que yo, me dejaría un recuerdo.

—¡Y por Cristo que lo cumplió! —interrumpió Fulgen-cio—. ¿Qué más quiere vuestra merced que un famoso ce-dulario, donde están las reales órdenes de S. M., y una buena espada para defenderse de los pillastres que atacan a la gente honrada? No hay que poner esa cara triste, señor oidor, venga esa mano, y aquí tiene vuestra merced un amigo que, si se muere antes, no lo olvidará, como no lo olvidó mi difunto amo.

El oidor rehusó estrechar la mano que el andaluz le tendía, y salió, rojo de cólera, de la sala.

CAPÍTULO IX

*De la nueva vida de Fulgencio, del lujo con que establece su casa,
y de cómo adquiere una capitania por el módico
precio de quinientos mil pesos*

Una nueva era se abría en la vida de Fulgencio. Heredero a los 27 años de edad de los calzones viejos de paño de su amo y, por apéndice, de todo su dinero, no sabía ni qué hacer ni por dónde comenzar. Si él hubiera sido gallego, las cosas habrían pasado sin ruido y sin dificultad, porque se hubiese conformado con seguir la misma vida y ejemplo del difunto; pero andaluz, vanidoso y, sobre todo, dueño y señor absoluto de una fortuna inmensa, el mundo le parecía estrecho y al virrey lo veía ya como un grano de mostaza. En los primeros días continuó en la tienda recibiendo los agasajos y cumplidos de todos los paisanos y vecinos; pero luego que tuvo un buen dependiente, le entregó la negociación, ascendiendo al mancebo Iturguieta al rango de dependiente, con veinte pesos al mes, con el privilegio de dormir, no debajo, sino sobre el mostrador, de la misma manera que el difunto Vengurren lo había elevado a él a tan alto puesto.

Buscó una gran casa en la entonces aristocrática calle de Cordobanes, y la amuebló con todo el esplendor de la época. En los balcones y en las ventanas había vidrieras, lujo que entonces se permitían sólo los millonarios y los títulos de Castilla; la sala estaba adornada con un friso o rodastrado de damasco de China, encarnado, y muebles flamencos con las águilas austriacas grabadas en la madera e incrustados de concha nácar y de marfil: en las paredes estaban colocadas unas pantallas de espejos venecianos, y del centro del techo pendía una gran araña de plata para veinticuatro bujías.

El comedor de la casa era lo que había que ver. Una mesa cuadrilonga de dos varas de largo y vara y media de

ancho, formada de una sola plancha de caoba; dos esquineros con sus alambrados llenos de la más primorosa porcelana de China, y en medio un tosco aparador con cabezas de peones y esfinges de oloroso cedro en los remates, todo lleno, de arriba a abajo, de platos y de vasijas. No había una sola cosa en la casa que no fuese de plata: candeleros, platos, vasos, y hasta ciertas cacerolas para el servicio de la cocina, eran de este exquisito metal. Surtió su bodega de los vinos más añejos, y su despensa de los más exquisitos comestibles de la madre patria, e instalado así, sin que pudiese faltarle nada de lo que en aquel tiempo servía para el lujo y el regalo, sentóse encima de sus talegas con más aplomo que el mismo Carlos III en su elevado trono.

—Si el difunto Vengurren resucitara y viera esto —decían algunos— se volvería a morir de pesar.

Pero otros tenían a mucha prez y honor el recibir siquiera el saludo del andaluz; y ¡por Dios que jamás hombre más hinchado ni más vanidoso había sentado sus reales en la ciudad de Moctezuma!

Luego que concluyó sus arreglos de casa, que no fueron largos, supuesto que el dinero todo lo allana y facilita, escribió a su padre, a Cádiz.

Amao pare:

Con mi última le remití unos cuantos maravedí; ahora le mando cien talega de peso para vos y lo hermano, y para que se vaya a la corte a conseguí para mi mucha nobleza, el título de conde de Soto Alegre, aunque bastante feo era y será todavía el de nuestra noble casa. No hay que perdé tiempo, soy muy rico, y lo que necesito ora es ser conde, y si se puee, virrey. Con que. . . treinta cosa a lo currito.

»Va esta misiva con el reverendo que me ponía en la escuela como un crucifijo. Le he dao alguno maravedí, para que pase alegre lo último día de su vida en su convento de España, ya que tanto ha pelao las nalga de lo muchacho de esta tierra.

»Pasarla bien, y un día de esto daré un brinco al condado de Soto Alegre. No hay que desmayá. Todito

el dinero que sea necesario en la corte, se pagará a la letra vista. Quedar con Dios, y él vos guarde como lo desea vuestro noble y amante hijo.

Don Fulgencio

Hecho esto, Fulgencio, que lo que deseaba era figurar entre los hidalgos y los títulos de México, abrió su casa a los canónigos, a los oidores, a los alcaldes de mesta y a los oficiales reales, y no faltaba ni el contador de tributos, ni el juez balanzario de la Casa de Moneda, ni el inquisidor mayor. Se tomaba en casa de don Fulgencio García un buen chocolate, se rezaba el rosario y la estación a las ocho de la noche, y hasta las diez se jugaba a las cartas o se platicaba de las profesiones de las monjas, de los capítulos que los frailes celebraban para elegir Provincial, o de las guerras tremendas que sostenía el augusto Carlos III con todas las pérfidas y bárbaras naciones de la Europa. Don Fulgencio era un gran personaje; no había cofradía de que no fuese hermano, ni iglesia que lo dejase de contar en el número de sus bienhechores. Afortunadamente, y a pesar de sus exorbitantes gastos, sus negocios iban perfectamente, pues la antigua tienda del Parián, de Aguirrevenguren hermanos, conservaba su nombre y su crédito, y las utilidades eran tan pingües como antes.

Las cartas de España no eran de lo más satisfactorias. Su padre le escribía que, por más pasos que había dado en la corte, no le había sido posible otra cosa que gastar una buena parte de los duros; pero que le juraba que todo saldría bien.

“Cuando la muerte venga —le escribía el viejo andaluz— le diré: ¡atrás, aguarda un poco bellaca, deja que el chico don Fulgencio sea conde de Soto Alegre, y después no haremos triza y veremos quién puee ma!”

En estas alternativas y fluctuaciones estaba el asunto del condado, cuando estalló de nuevo la guerra entre Inglaterra y España.

Era entonces virrey el buen don Antonio Bucareli y,

amante de su patria como el que más, deseaba ayudar de una manera positiva a su soberano y humillar, por su parte, al pérfido inglés. Había pensado reunir una junta de los ricos y nobles de la ciudad para pedirles un donativo, y remitir a España la mayor cantidad posible de dinero; mas no había encontrado una oportunidad hasta que, para sacarlo de este empeño, llegó cuando menos se aguardaba a Veracruz, la fragata "Covadonga", con pliegos muy importantes, que un extraordinario caminando con la velocidad del rayo apenas pudo traer a la capital al cabo de cuatro días.

El virrey convocó entonces una junta en palacio. Por supuesto que ninguno mandó decir que estaba enfermo; ni mucho menos envió como rasgo de esmerada educación a su dependiente, sin instrucción ninguna; por el contrario: todos los citados se vistieron con sus grandes casacones y sus chalecos de lama de oro, sus diamantes de gran precio en lo vuelos de la camisa y tuvieron a mucho honor el que el virrey tuviese la señalada bondad de pedirles algo para ayudar a la real tesorería de su muy amado soberano.

El bailío era hombre de muy buenos modales; digno sin orgullo y amable sin estudio ni afectación; su gran nariz, un poco encorvada, sus ojillos pequeños; pero mansos y serenos, y su boca grande; pero franca, daban a su fisonomía un aire de bondad y de honradez tal, que cautivaban a todos los que lo trataban. Además, su alto carácter y el respeto con que entonces era mirada la autoridad, contribuyeron a que la junta tuviese mejor resultado.

La recepción se hizo con el ceremonial y caravanas de la época, y después que hubo saludado a todos los concurrentes, les dijo:

—Señores: acabo de recibir pliegos de la corte. La guerra con esa traidora potencia con quien, para desgracia de la España, ha tenido alianza y amistad en otras ocasiones, ha estallado de nuevo.

—Con la Inglaterra, por supuesto —objetó brusca- mente un comerciante gordo y encarnado.

—Con la Inglaterra —continuó el virrey, reprendiendo

dulcemente con una mirada al que lo había interrumpido—, pero los despachos de S. M. me anuncian que ya el inglés traidor ha llevado su merecido castigo.

Un murmullo de entusiasmo interrumpió al virrey; éste dejó desahogar un momento esa explosión de patriotismo, y prosiguió:

—Decía que el inglés traidor ha sido castigado, y que la real marina española, como siempre, no sólo ha dejado bien puesto el honor, sino que ha hecho prodigios inauditos; en una palabra, os haré saber que, habiéndose trabado un combate, ha sido tomado al abordaje el navío inglés llamado “El Ardiente”, de 64 cañones: aquí están los despachos de S. M. que no dejan duda de lo que digo.

El virrey dio los pliegos que tenía en la mano a la persona que estaba más inmediata, y así fueron pasando de mano en mano; unos los besaron, otros quedaban tan complacidos y admirados, que parecía que no era un papel, sino el mismo navío con sus 64 cañones, el que pasaba por las manos de aquella patriótica y respetable asamblea.

El virrey creyó que la conserva estaba ya de punto, como suele decirse, y continuó:

—Fácilmente pensaréis que lo que S. M. necesita son pronto auxilios de dinero, y que todo lo espera de sus fieles vasallos de Nueva España y. . .

No pudo concluir, porque el personaje que estaba a su derecha lo interrumpió, diciendo en voz alta:

—El consulado de México se suscribe con cien mil pesos.

El virrey hizo con la cabeza una cortesía al generoso cónsul, e indicó que siguiera la suscripción, no teniendo, como en efecto no tenía necesidad de ponderar más las victorias de la marina española. La suscripción continuó.

—El conde de Peñón Blanco, cincuenta mil pesos.

—El marqués de Sierra Azul, la misma suma.

—El duque del Rosario, cien mil pesos.

—El Tribunal de Minería, doscientos mil —dijo otro con cierto orgullo.

—Por la archicofradía de San Homobono —dijo un clé-

rigo apergaminado, y que tosía frecuentemente— ofrezco ciento cincuenta mil.

—Por la señora marquesa de la Agua Fría, ofrezco treinta mil pesos —dijo un abogado con voz muy suave y temblorosa, de manera que casi nadie lo oyó.

—¿Qué suma? —preguntó el virrey.

—Treinta mil pesos —volvió a repetir el representante de la marquesa, avergonzado de su pequeñez y miseria.

Fulgencio no pudo aguantar ya.

—Señor virrey —dijo— creo que en esta junta no se viene a insultar a V. E., ni mucho menos al rey.

Cuando mencionó al rey, toda la concurrencia hizo una cortesía e inclinó la cabeza.

—Yo soy clarito, zeñó virrey —continuó Fulgencio— y veo que aquí se etán ofreciendo cantidades que no alcanzan ni pa un falucho. Se trata de aniquilá pa siempre la marina de ese perro hereje, y eso se jace con dinero. Yo ofrezco una fragata entera y verdadera de 64 cañone. Veremos si es andaluzá o realidá. Con permiso, señor virrey.

Se acercó a una mesa, tomó una pluma y un pedazo de papel, y con uno de los porteros envió una carta. A poco se presentó el dependiente Iturguieta seguido de una multitud de cargadores con talegas llenas de pesos.

—Creo que habrá con medio millón de peso pa una fragata, ¿no e verdá, zeñó virrey?

El virrey y los demás asistentes se quedaron maravillados de la excentricidad del sucesor de Vengurren; pero como fuerza es admirar y aun imitar esas grandes cosas, la suscripción subió a tal grado, que sólo de ella envió el virrey tres millones a la Península. En cuanto a Fulgencio, al día siguiente recibió un par de divisas de capitán. Estaba loco, no sentía ni el hueco que en su caudal había dejado el donativo. Le bastaba con ser *el capitán don Fulgencio García Julio*.